BOLSILIBROS BRUGUERA

POLICIACA

SERIE LA HUELLA

Lou Carrigan

ULTIMA VISITA A LA CONDESA




COLECCION
LA HUELLA
eb

LOU CARRIGAN

UTIMA VISITA A LA CONDESA

Colección LA HUELLA n.° 5
Publicación quincenal
Aparece los lunes



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO

ISBN 84-02-03656-2
Depósito legal: B 26418-1974

Impreso en España - Printed in Spain

1.a edición en esta Colección: agosto, 1974

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de EDITORIAL BRUGUERA S. A.
Mora la Nueva, 2 – Barcelona - 1974

CAPÍTULO PRIMERO

A la bonita pelirroja le latía con fuerza terrible el corazón cuando llamó a la puerta del apartamento 101 de aquel moderno edificio de Nueva York.

La emoción era debida a que lo iba a ver, a él… ¡Lo iba a ver, en su propio apartamento, por fin! Y…, ¿por qué no? Quizá fuese aquél el momento de demostrarle a P. R. que ella era una chica con ciertas… dotes, dignas de ser tenidas en cuenta. Unas dotes que quedaron bien notorias cuando se estiró el jersey, impaciente.

Oyó el pestillo de la puerta al ser accionado desde dentro, y cerró un instante los ojos, saboreando con la imaginación el rostro que iba a ver dentro de un segundo, o dos, o tres… ¡Nada menos que el rostro del guapísimo P. R.!

—¡Limones! —Oyó—. ¡Si es Susy…!

La pelirroja Susy tenía ya en su lindo rostro una sonrisa cautivadora cuando abrió los ojos…

Vio aquel rostro. Primero se quedó petrificada al contemplar aquellas facciones negras y horrendas, los abultados labios de color rojo intenso, las pinturas de colores en las espeluznantes facciones… Luego, lanzó el grito:

—¡AAAaaaAAAAHHHH…!

Aquel horrendo rostro desapareció, y en su lugar quedó el de P. R., el que ella había esperado ver.

—Demonios y limones, Susy…, ¿por qué gritas? —masculló el sensacional P. R.

—Me… me has asustado…

P. R. Mann alzó la máscara que se había colocado ante su rostro cuando abrió la puerta.

—Pues lo siento, monada. Sólo quise gastarte una broma… Es

una máscara de hechicero negro.

—¡Pues es horrible, P. R.! ¿Puedo pasar?

—Bueeeenooooo… Ya que estás aquí…

—¡Qué susto me has dado! —suspiró, cuando P. R., tras cerrar la puerta de su apartamento señaló hacia el fondo—… ¿Por qué se te ocurren siempre tantas tonterías?

—Porque soy un tipo divertido. ¿Has venido a pedir mi mano?

—Quizá —rió ella, poniendo de manifiesto sus dotes, con otro tirón al jersey.

—Pues mientras tomas una decisión, iré a ponerme el pijama.

—¡Oh!

—¿Qué pasa? ¿No te habías dado cuenta de que sólo llevo una servilleta en la cintura?

—¡Oh!…

—Desilusionada, ¿verdad? Bueno, limones, entra ya: nos tomaremos un *whisky*. Oye —quedó pensativo P. R.—…, tú eres una mujer, ¿verdad?

—Decídelo tú mismo —sonrió ella.

—Sí… Creo que eres una mujer. Y, como tal, imagino que no te negarás a hacerle a un pobre hombre como yo un… favor muy adecuado a tu sexo. ¿Verdad que no te negarás, Susy?

Susy asintió con la cabeza, muy abiertos los ojos. ¡Sí, por fin…!

—Claro que no, P. R. —pudo tartamudear—… No me negaré. Al contrario, me… me emociona que… que por fin… ¡Mira cómo late mi corazón!

—¿Que lo mire? ¿Y cómo? ¿Acaso tienes una ventanita en el pecho, rica?

—No… Quiero decir que… que… Dame, dame la mano… ¡Fíjate! ¿Notas como late?

—Pues sí —sonrió P. R.—. ¡Hija, qué barbaridad! ¡Qué… corazón tan revoltoso tienes! ¿Y todo eso porque no vas a negarme ese favor?

—Sí… ¡Por eso!

—Bueno, pues nada, ya puedes empezar… a quitar la mesa.

—¿El favor que querías pedirme… propio de mi sexo… es que retire el servicio de tu mesa…?

—Claro. ¿Qué otra cosa esperabas? Ah, y si quieres fregar los platos también, por mí no te detengas. ¡Animo! —Le dio una

palmada en la región de la abundancia—. Una chica como tú liquida ese asunto en un abrir y cerrar de ojos, ¿no es así, monada?

P. R. Mann se fue hacia el fondo de su apartamento dejando a Susy decepcionada, desilusionada, y un poco mortificada. Por fin, la muchacha suspiró, y entró en el espacioso salón lleno de libros, trofeos deportivos y cuadros de calidad…

La muchacha se acercó adonde vio los platos, botellas y demás, sobre un espeluznante mantel de colores mil.

Vio que no cubría una mesa. Sino un piano… Un piano. ¡Santo cielo, P. R. utilizaba como mesa un piano!

—P. R. —llamó.

—Dime, encanto —llegó la voz de él, desde el dormitorio.

—¿Te… te has dado cuenta de que has estado comiendo sobre un… piano?

—¿Dónde se puede comer, si no? —replicó P. R.

Susy quedó muda. ¿Qué podía contestar a esto? Fue a la cocina, colocó la bolsa improvisada con el mantel, en la fregadera, y regresó al salón. Se sentó en el taburete del interior del bar, y preparó dos *whiskys* con hielo.

—Esto ya está, P. R.

—Empieza sin mí: salgo en seguida. Antes de que cuentes hasta quinientos millones.

Susy bebió un sorbo de *whisky*, y volvió a mirar a su alrededor. ¿Conque allí vivía el sensacional P. R.? A su derecha había un cartelito colgado que decía:

La ociosidad es la madre de la vida padre.

P. R.

A su pesar, Susy tuvo que sonreír. Y todavía estaba sonriendo cuando apareció P. R en esmoquin.

—Pero…, ¿no decías que te ibas a poner el pijama?

—Bueno, lo mismo da un traje de noche, que otro. Oye, ¿tú has venido a quitarme la mesa o a otra cosa?

—A otra cosa.

—Espero que no sea pecaminosa la cosa.

—No —rió ella—. Jo Webbs quiere verte.

—¿Con urgencia?

—Me parece que he oído que tu avión no sale hasta mañana.

—¡Oh! Entonces tenemos tiempo…

—Sí… ¡Sí, sí, sí!

—… De tomarnos ese *whisky*. ¿Qué te pasa? ¿Por qué pones esa cara?

—¡Eres un antipático!

P. R. frunció el ceño, y quedó reflexivo, con el vaso de *whisky* en la mano.

—¿Antipático? —murmuró—. No sé… Unos dicen que sí, otros dicen que no… No sé, no sé. ¿Sabes, Susy? Una cosa es cierta: soy un tipo raro. Ahora hablemos de ti. Todos los que te tratamos sabemos que eres una chica mona, simpática, con un tipazo sensacional, grandes ojos oscuros, muy extraños… Eres más bien inteligente, culta, etcétera… ¿De acuerdo?

—Creo que sí.

—¿Cómo me definirías tú a mí?

—¿A ti?

—A mí.

—Pues… No sé… Bueno, eres… O sea… Sí, bueno… Me parece que… ¡Vaya, tú eres P. R. y ya está!

—Terrible —suspiró P. R.—… ¡Terrible! ¿Te das cuenta? No puedes catalogarme.

—¡No digas tonterías!

—A propósito de tonterías, ¿qué es lo que quiere Jo de mí, y adónde tengo que ir en avión, esta vez?

—Me parece que a Roma. Por algo relacionado con Albert Saint-Cyr.

—¡El simpaticote de Albert! —sonrió P. R.—. ¿Qué pasa con él?

—Exactamente, no lo sé.

P. R. se dio un tironcito a una oreja.

—No me gusta que mis amigos estén en apuros —susurró—. ¿Has venido en coche?

—Claro…

—Espléndido. Bebe eso de un trago y vamos a ver a Jo ahora mismo. Limones, deja de mirarme así… ¿Tan feo te parezco?

—¿Feo…? ¡Oh, no, P. R.! ¡Eres muy guapo!

—¿Sabes? —P. R. guiñó un ojo—. Te has ganado un beso.

Susy se inclinó sobre el bar, recibió el besito en los labios, y, cuando estaba viendo estrellas, luna y sol en una muy particular galaxia, recibió un cachetito en la mejilla.

—En marcha, belleza. Veremos a Jo Webbs.

CAPÍTULO II

Jo Webbs tenía unos treinta años, unos ojos azules hermosísimos, un cuerpo escultural cubierto siempre con elegantísimas ropas, y una boquita que era un sueño. Aparte de esto, tenía una inteligencia por completo fuera de lo común. Por todo ello, especialmente por el talento, dirigía la mundialmente famosa Cosmopolitan, revista de todo, que se vendía en una docena de idiomas.

La envergadura de Cosmopolitan era tal, que incluso los accionistas, incluido el consejo de administración, se encontraban petrificados, a la hora de recibir sus beneficios. La revista se vendía, en Estados Unidos solamente, por cientos de miles de ejemplares, al precio de dos dólares. Por dos dólares, quien comprase Cosmopolitan cada mes, se enteraba de todo lo importante que ocurriese en el mundo. En Cosmopolitan había secciones de humor, pasatiempos y de chicas que habían decidido prescindir del vestido. De todo.

Los señores del consejo de administración no querían romperse la cabeza, haciendo números. ¿Para qué? Cuando una inversión rinde lo que estaba rindiendo la revista, vale más no ahondar en el asunto. Se cobran los dividendos, y en paz.

Además, en aquellos momentos, los señores del consejo de administración estaban tan embobados contemplando a Jo Webbs, que ni siquiera escuchaban sus explicaciones con la debida atención.

—… Esperamos llegar, antes de final de año, al millón de ejemplares sólo en Estados Unidos.

—¡Hola, buenas! ¿Qué tal están todos?

La voz había tronado en la puerta de la sala de juntas, situada en el decimoquinto piso del edificio propiedad de Cosmopolitan, y fue

como un trallazo que hizo respingar a todos.

—¡Oh, no…!

—¿Qué tal, *Mr*. Hartford? —sonrió P. R., cerrando la puerta tras él—. ¿Contando su dinerito?

—Escuche, Mann —refunfuñó Hartford—, no estamos dispuestos a tolerar su descaro, ni su presencia. Usted no es más que un empleado de Cosmopolitan, así que no se pase, muchacho… Y ahora, márchese.

—Gracias, *Mr*. Hartford… ¡Nunca olvidaré sus amables palabras!

—P. R. —llamó suavemente Jo Webbs—: acércate y siéntate a mi lado.

Patrick Reynolds Mann sonrió como un niño premiado, se acercó a Jo Webbs, se inclinó y la besó en los labios.

—Johanna —dijo—: creo que eres la única persona en el mundo que me comprende. Y te diré una cosa: no debes permitir que te sigan llamando Jo… ¡Limones, eso suena a masculino!

—Gracias, P. R. —sonrió Jo Webbs—. Bueno, siéntate: tienes que sacarnos de un apurillo que podría costarle a Cosmopolitan un millón de dólares.

—Al diez por ciento, como siempre.

—Naturalmente.

—Vamos al negocio. ¿Qué pasa en Roma?

—Un… un momento —alzó una mano uno de los señores del consejo de administración—… ¿Qué es eso de… un millón de dólares?

—Nos han demandado —dijo Jo Webbs.

—¿Por un millón de dólares? —saltó otro—. ¡Qué barbaridad!

—Bueno —sonrió Jo Webbs—…, la demanda está muy de acuerdo con la… importancia de la persona que la ha cursado.

—¿El señor Onassis? —preguntó P. R.

—No. Es una condesa italiana. ¿Quieres verla?

—Si es auténtica, sí.

—Es auténtica. —Johanna Webbs tomó de sobre la mesa el último ejemplar de la revista, la abrió, y se la tendió a P. R.

—¡Li… mones! ¡Viéndola a ella no hace falta leer nada, amor mío! ¡Cáspita, qué señora… condesa!

La admiración de Patrick Reynolds Mann estaba justificada. La condesa se llamaba Renata de Sanmaggiore, viuda del conde de

Sanmaggiore. Tenía treinta y tres años, y vivía de una aceptable renta legada por el finado. Ocupaba un pequeño pero agradable palacete, en Roma, naturalmente en Villa Borghese, y, al parecer, se dedicaba a una actividad: la *dolce vita*. Patrick Reynolds Mann pensó que aquella señora no podía dedicarse a otra cosa. Era alta, rubia, de ojos que en las fotografías de la revista parecían de color malva, destacando en un rostro tan bello, tan cálido, que parecía irreal. En cuanto a la belleza del cuerpo, apenas visible el reducidísimo bikini, era tal, que la irrealidad seguía siendo la única palabra que se le ocurría a P.
R. Había
varias fotografías de la condesa, la mayoría en bikini, pero también algunas en traje deportivo, o de noche, o de calle…

—Madre mía… —murmuró P. R.

—Lee el artículo, por favor.

—Sí… ¡Oh, sí!

P. R. se dedicó a ello. Y, a medida que iba leyendo, en su rostro iba apareciendo una mueca de incredulidad. Miró la firma del artículo, y frunció el ceño el verla bien clara. Albert Saint-Cyr. El buen amigo y veterano articulista Albert Saint-Cyr, corresponsal hacía tiempo, en Roma, de Cosmopolitan.

—No es posible que Albert haya escrito esto…

—Lo ha escrito él —replicó Jo Webbs.

—Pero… Bueno, demonios… ¿Se ha comprobado que todo esto sobre la condesa es verdad?

—No.

—Pues si yo fuese ella demandaría a Cosmopolitan no por un millón, sino por cinco, o diez. Si pide un millón, pide poco.

—Oiga —clamó *Mr*. Hartford—: ¿de parte de quién está usted, Mann?

—De parte de la condesa, *Mr*. Hartford.

—¿Cómooooo…?

—Mire, a ella no se lo diría, puesto que soy el jefe de las relaciones públicas de Cosmopolitan, pero… ¡Qué demonios! ¡Nadie tiene derecho a escribir estas cosas de una persona, *Mr*. Hartford!

—¿Ni aunque esa persona lo autorice? —dijo Jo.

P. R. se quedó mirándola con los ojos entornados.

—¿La condesa autorizó la publicación de esto? —susurró.

—En efecto.

—Pero entonces…, ¿por qué nos demanda?

—Porque ahora dice que ella no autorizó ese reportaje.

—Espera un momento que yo entienda esto, Johanna… ¿Ella lo autorizó… y ahora lo niega?

—Evidentemente. Verás: cuando recibí el original de este artículo llamé a Albert Saint-Cyr a Roma, y le pregunté si estaba loco. Se echó a reír, y me dijo que lo publicase, porque él tenía autorización escrita.

—¡Ca… ray! —suspiró P. R.—. ¡Menos mal! Bueno, vamos a decirle a Albert que nos envíe esa autorización y…

—No está…

—¿Qué?

—Albert no está en su hotel de Roma, donde se aloja.

—Bueno… ¿Dónde está?

—No lo sé. Me he pasado el día llamándolo, sin conseguir localizarlo en parte alguna de Roma. En su hotel, dicen que hace dos días que no aparece por allí, pero que eso es cosa corriente en él. Ya sabes: él está instalado en una *suite* del Albergo Ligure, la tiene como domicilio fijo en Roma, pero va y viene por Italia…

—Sí, ya sé eso. Bueno, no tiene nada de extraño una ausencia de dos días, en ese caso.

—Pues no…, salvo que, según la última conversación telefónica que sostuve con Albert, él me dijo que publicase el artículo sin miedo, que él vendría hacia Nueva York para estas fechas.

P. R. parpadeó.

—Pero no ha llegado…

—No, P. R.

—Ni está en su hotel de Roma…

—No. En cambio, hace dos días, o bien tuvo que tomar el avión hacia aquí, o bien… quedarse en el hotel, por si yo le llamaba.

—Vaya… Yo definiría la situación de este modo: Albert nos envía un reportaje sobre la condesa de Sanmaggiore diciendo que tiene una autorización firmada por ella, autorización muy conveniente dada la índole del reportaje… Luego, Albert desaparece…, y la condesa nos demanda por un millón de dólares.

—Ésa es exactamente la situación.

—Me voy a Roma —se puso en pie P. R.

—Eso quiere decir que vas a olvidar por unos días que el ocio es la madre de la vida padre —sonrió Jo Webbs.

—No tengo más remedio: ¡ese diez por ciento…!

—Un momento —intervino otro consejero—… ¿Entiendo que si Mann resuelve esto favorablemente, cobrará cien mil dólares…, para él?

—Es el trato, señor Travers —dijo plácidamente Jo Webbs—… Cosmopolitan tuvo que luchar mucho para conseguir los servicios de P. R. como jefe de nuestras relaciones públicas, y ofrecerle incentivos especiales. Lo bueno nunca es caro, señor Travers.

—Francamente —frunció el ceño Travers—… Bueno, Mann, no se moleste conmigo, pero… a mí no me parece usted la… imagen clásica del Public Relations Man.

—Bueno —sonrió P. R.—. Pero nadie puede negarme que soy P. R. Mann,
señor Travers.

—Yo no digo que no sea usted Patrick Reynolds Mann. Digo que…

—Dejémonos de juegos de palabras, señores[1]. Jo Webbs alzó las manos—. Tenemos un contrato con P. R., él siempre ha cumplido su parte sacándonos de diversos atolladeros.

—Podríamos enviar a otro empleado de relaciones públicas, y no creo que nos costase tanto —insistió Travers.

—Los empleados de Relaciones Públicas, señor Travers —casi suspiró Jo Webbs— están a las órdenes directas e independientes de P. R.

—¡Aplausos para Johanna! —sonrió P. R.

—Deja de hacer el tonto y ve a tomar ese avión —rió ella.

—¡A la orden, jefa! —Se llevó P. R. una mano a la sien, en enérgico saludo militar—. ¡Ah! Una cosa, querida… Pero dime la verdad.

Jo Webbs alzó una mano.

—La verdad, toda la verdad, y nada más que la verdad…, ¿sobre qué, P. R.?

—¿Soy guapo o feo?

—Pues… más bien feo. Lo siento, Patrick.

—A las mujeres no hay quien os entienda —refunfuñó P. R.—… Susy asegura que soy guapísimo.

—A mí me pareces feo…, pero simpático, eso sí.

—¡Al demonio! ¡Susy dice que soy guapísimo pero antipático! ¡Y me gustaría que alguien llegase a una conclusión sobre mí!

—¿Por qué no se lo preguntas a la condesa de Sanmaggiore?

—Buena idea —parpadeó P. R.—… ¡Excelente idea, sí señorita! Un beso… ¡Muá! ¡*Ciao*!

Capítulo III

—No, señor —negó el conserje—: el señor Saint-Cyr todavía no ha regresado al hotel. ¿Quiere dejarle algún recado?

—¿Acaso sabe usted que volverá? —preguntó P. R.

—Es de suponer, señor. No es la primera vez que el señor Saint-Cyr está fuera de Roma varios días.

—De acuerdo. ¿Me da la llave, por favor?

—¿Qué llave, señor? —Alzó las cejas el conserje.

—¿Cuál ha de ser, simpático muchachote? —sonrió P. R. al casi anciano conserje—. ¡La de la *suite* de mi querido Albert!

—Bueno, señor… Me temo que no puedo hacer eso.

—¿Por qué no?

—No puedo, señor.

—Veamos… Usted es alto, fuerte, arrogante, atlético… Y yo veo que tiene dos estupendos y musculosos brazos… Sin embargo, le diré cómo puede hacer lo que le pido: dé media vuelta, tome la llave de esa *suite*, dé otra media vuelta, y deposite la llave en esta mano tan fea y velluda.

El conserje sonreía de oreja a oreja.

—Va contra el reglamento, señor…

—¿Qué reglamento?

—El del hotel, naturalmente.

P. R. se quedó mirando al hombre con expresión incrédula.

—¡Santo cielo…! ¡*Madonna bendita*! ¿Me está diciendo que un hombre de la inteligencia de usted, hace caso de unos reglamentos bobos?

—Bueno, señor, es que…

—Oiga —le interrumpió P. R.—: ¿usted diría que yo hablo bien el italiano?

—Sí, señor —admitió el conserje—. Lo habla muy bien, señor.

—Agradecido, chaval. Pero no sólo hablo bien su idioma, sino que conozco Italia de arriba abajo… Conozco sus costumbres, su economía, su religión, su arte… ¡Ah, el arte italiano! Leonardo, Rafael, Nerón…

—¡Nerón no era un artista, señor!

—¡Cómo! ¿Acaso no tocaba la lira?

—Pu… pues sí, claro…

—¿Y un músico no es un artista?

—Sí, pe… pero…

—Nada, hombre: ¡un artistazo! ¡Menudo era Nerón! Y todo un filósofo, sí señor.

—¿Nerón… un filósofo?

—Claro… ¿Acaso no fue él quien dijo que vale más una bella *ragazza* en mano, que ciento volando? ¡Eso es filosofar, digo yo!

—Perdón, señor —dijo muy serio el conserje—: ¿cómo se llama usted?

—Patrick Reynolds Mann, hermoso.

—Ahora recuerdo —el conserje guiñó un ojo— que el señor Saint-Cyr me dijo que llegaría su amigo, el señor Patrick Reynolds Mann, y que si él no estaba le permitiese instalarse en su *suite*.

Puso la llave en la mano de P. R., sonriendo.

—Y yo recuerdo ahora que mi querido Albert me dijo que le entregase a usted diez mil liras para que…

—De ninguna manera, señor: estoy pagado de sobra con su simpatía.

—¡Bien! Entonces…, ¿soy simpático?

—Como no he conocido a nadie, señor.

—¿Y… feo o guapo?

—Psé… ¿Qué quiere que le diga, señor?

—Ya veo que no tendré más remedio que preguntárselo a la condesa… Bueno, mi joven y apuesto amigo, ¡nos veremos luego!

—Será un placer, señor. Aquel ascensor —señaló.

—Sólo es una maleta, y yo también soy fuerte.

P. R se dirigió al ascensor. Segundos después lo abandonaba en la planta tercera. Localizó allá el número 308, metió la llave en la cerradura, le dio la vuelta…

—Lo que se puede conseguir con una llave —sonrió. Entró en la

suite, cerró tras él, puso las manos en la cintura, y lanzó un vistazo circular, súbitamente seria y dura la expresión. Asombrosamente seria, asombrosamente dura.

Lo primero que tenía que hacer era buscar allá algún posible indicio del paradero de su amigo Albert. Y diez minutos más tarde, no sólo no poseía información en este sentido, sino que tenía la certidumbre de que Albert Saint-Cyr no había salido de Roma. Al menos, no por su gusto y siguiendo un plan determinado. Por otra parte, de haber salido de Roma habría sido para ir a Nueva York… donde tampoco estaba. ¿O sí?

Pidió una conferencia con Cosmopolitan, y mientras esperaba se dio otra vuelta por la *suite*, que ofrecía el clásico aspecto de estar ocupada por un hombre solo, que piensa volver de un momento a otro. Incluso parecía un poco demasiado… desordenada, en cuanto se refería a las cosas personales de Albert. ¿Alguien había estado allí, revolviéndolo todo? En tal caso, ¿qué buscaba ese alguien?

—La autorización de la condesa respecto a la publicación de ese reportaje por el cual nos demanda ahora —se contestó a sí mismo.

¡Tríliiiiiíngggg!, sonó el teléfono.

—¿Sí?

—…

—Gracias. Sí, sí… ¿Johanna?

—…

—Hola. Bien, gracias. ¿Ha aparecido él por ahí?

—…

—Me lo temía.

—¿…?

—No, nada, nada… No te preocupes. Lo voy a buscar bien, y ya verás como lo encuentro. Si, mientras tanto, apareciese por ahí, avísame inmediatamente: estoy en la *suite* de él.

—¿…?

—¿Qué limones quieres que haga aquí? Pues esperarlo.

—¿…?

—Tengo intenciones de ir a verla hoy mismo. Ya tendrás noticias. Un beso, Johanna: ¡muá!

—¡…!

—Gracias, simpática. Hasta la vista.

Colgó, y quedó pensativo. Albert no había llegado a Nueva York cruzándose con él. Albert no había salido de Roma, estaba seguro.

—Demasiado fantástico —se dijo otra vez—: en vez de ser una condesa será una diablesa…

Sacó de su maleta el ejemplar que había tomado antes de salir del edificio de Cosmopolitan el día anterior, buscó las páginas y se quedó contemplando a la bellísima condesa. Nada, nada, decidido: un bellísimo angelito.

—Voy a ir allá, a ver si tiene alas.

CAPÍTULO IV

Por supuesto que la condesa De Sanmaggiore no tenía alas. Pero, realmente, era lo único que le faltaba para parecer una graciosa, delicada y bellísima mariposa.

Estaba de pie junto al sofá, vestida de noche, encantadora, radiante, contemplaba la tarjeta que el mayordomo acababa de entregarle cuando se disponía a salir.

La tarjeta decía:

Patrick Reynolds Mann
COSMOPOLITAN

Y esto era todo… Pero suficiente.

—Sí, Alfredo —dijo—: recibiré a este caballero.

Segundos después, el caballero en cuestión era introducido en el salón de recibo de la señora condesa, la cual, así por las buenas y sin venir a cuenta, notó una especie de emoción…

El recién llegado inclinó ligeramente la cabeza.

—Buenas tardes, señora condesa, Gracias por recibirme.

—Estaba a punto de salir, señor Mann, pero no podía negarme. Imagino que es usted un alto ejecutivo de la revista Cosmopolitan.

—Soy su jefe de relaciones públicas.

—¡Oh…! Sí, claro. Dígame qué desea.

—Naturalmente, es sobre su demanda, señora condesa…

—No pienso retirarla, se lo advierto, señor Mann.

—Por el momento, no me atrevo a pedirle tal cosa —dijo muy serio P. R.—… A decir verdad, tal como están las cosas, la encuentro justificada.

Renata de Sanmaggiore se quedó atónita.

—¿De veras? Pues… es usted muy razonable.

—Opino que las relaciones entre personas cultas y educadas deben ser siempre razonables… ¿La estoy entreteniendo demasiado?

Renata enrojeció de nuevo.

—No, no… Perdone. ¿No quiere sentarse?

—Muchas gracias.

P. R. esperó a que se sentase ella en el sofá y él lo hizo en uno de los sillones, muy tieso y correcto.

—¿De modo que… encuentra usted justificada mi demanda?

—Con toda honradez, sí. —P. R. sonrió encantadora mente—. Pero por favor, no vaya a decirle esto a la dirección de la revista.

—No lo haré —sonrió ella.

—Bien… Sí, estoy de acuerdo con usted, señora condesa. Sin embargo, nosotros, los de Cosmopolitan, estamos considerando la posibilidad de un error…

—¿Un error? —saltó Renata.

—Perdone, perdone… Sí, lo he visto y leído. Además, conozco al hombre que lo escribió, Albert Saint-Cyr. Mmm… Debo admitir que todo el artículo posee las… características del modo de trabajar de Albert Saint-Cyr. Nuestra directora, al recibirlo en Nueva York se…, asustó un poco, y lo llamó por teléfono a Roma. Me parece —sonrió de nuevo— que nuestra directora le preguntó al buen Albert si estaba loco al enviar aquello.

—Debía estarlo —dijo fríamente Renata.

—A menos que hubiese sido autorizado.

—¿Cómo? —Abrió mucho los ojos la condesa.

—Albert Saint-Cyr aseguró a nuestra directora que usted le había autorizado por escrito a publicar ese reportaje, señora condesa.

—¿Que yo…? ¡Por Dios! ¿Cómo iba a autorizar eso?

—Bueno… Su pregunta es interesante, lo admito. Pero yo también tengo otra no menos interesante: ¿Por qué iba a decir Albert que usted había autorizado su publicación del reportaje, si no era cierto?

—¡Señor Mann…!

—Señora condesa, perdóneme. Por favor, si la estoy ofendiendo,

perdóneme, porque nada más lejos de mi intención. La única intención que me ha traído aquí es la de intentar aclarar las cosas.

Renata de Sanmaggiore vaciló.

—No… No me está ofendiendo, señor Mann, porque veo que no es ésa su intención. Sin embargo, sus palabras…

—Si me permite que se lo explique… Mire, en ocasiones, hemos conseguido reportajes parecidos al de usted. Al público le gustan. Ya sé que son un poco… morbosos, pero nosotros editamos para vender la revista.

—Sí, comprendo eso, pero…

—Perdón. Yo empecé hace algunos años en esto de las relaciones públicas. En seguida comprendí dos cosas. Una: no todo es lo que parece. Dos: hay que tratar a cada cual como se merece.

—Me temo que no le entiendo, señor Mann.

—He conocido gente de todas clases: desde el vagabundo capaz de robar un bocadillo, hasta los más altos representantes de la llamada *jet* society. Al principio, las personas de la alta clase de usted me amedrentaban, pero por fortuna, como le he dicho antes, comprendí dos cosas y desde entonces las tengo siempre en cuenta. Es mi norma de conducta, en realidad. Y todo esto, desde el día en que me dijeron que una cierta princesa de cierto país había aceptado que se publicase sobre ella un reportaje parecido al de usted. No quería creerlo, pero así fue… Con el agravante de que, al menos, usted aparece en bikini, pero ella no apareció así…

—Señor Mann…

—Por favor, déjeme terminar. A partir de ese momento, las he visto de todos los colores. ¿Me va comprendiendo, señora?

—Sí… Sí. Y lamentablemente, tiene usted razón.

—Muchas gracias. Yo me preguntaba por qué esas damas hacían esas cosas, pero las respuestas eran de lo más simple: la mayor parte de ellas, porque cobraban unas buenas sumas de dinero; y otra parte de ellas, muy escasa parte, porque les hacía gracia. Sí, sí, de veras. Entonces, usted comprenderá que nuestra directora no se sorprendiese demasiado ante la afirmación de Albert Saint-Cyr de que había conseguido la autorización de usted.

—Señor Mann, a mí no me gusta que publiquen fotografías mías estando casi desnuda. En cuanto a recibir dos o tres mil dólares no solucionarían en nada mi situación económica.

—¿Acaso es mala, señora condesa?

—Discreta. Pero lo bastante buena para que dos o tres mil dólares no la alteren en absoluto.

—¿Y un millón de dólares? ¿Solucionaría eso algo, condesa?

Renata de Sanmaggiore apretó un instante los labios.

—Un millón de dólares pueden solucionarlo todo.

—Claro. Pero eso es mucho dinero para Cosmopolitan.

—Ya le he dicho que no pienso retirar mi demanda, ni ceder en nada. Quiero un millón de dólares.

—De acuerdo. No habrá discusión, ni ruegos, por mi parte. Las cosas están bien claras. Todas… menos una.

—¿Cuál?

—Es respecto a esa autorización que Albert Saint-Cyr dijo que usted había firmado.

—Jamás hice tal cosa. Pero si usted insiste en decir que sí lo hice, demuéstremelo: permítame ver esa autorización.

—La tiene mi amigo Albert, señora condesa.

—Pues pídasela y venga a verme con ella.

—No parece fácil que consiga esto: mi amigo ha desaparecido.

La condesa de Sanmaggiore tuvo un instante de dificultad para tragar saliva.

—¿Qué quiere decir que ha… desaparecido? —preguntó ella.

—Del verbo desaparecer, condesa. Y yo había pensado que quizá usted podría darme noticias sobre el paradero de Albert.

—¿Yo? ¡No tengo ni la más remota idea!

—¿Debo entender que usted no conoce a Albert Saint-Cyr?

—¡Oh, sí! Eso sí, desde luego… Nos hemos visto en algunas fiestas o espectáculos. Es un hombre inteligente y tenaz.

—Sí —sonrió P. R.—, es un buen profesional.

—Demasiado —dijo secamente, Renata.

—¿Por qué dice eso? Nunca se es demasiado profesional.

—Pues quizá su amigo no lo sea demasiado, pero… Bien, en ocasiones charlamos algunos minutos. Debí medir mejor mis palabras…, que luego él ha tergiversado.

—Eso quiere decir que su pasatiempo preferido no es precisamente la *dolce vita*, ¿verdad, condesa?

—Vivo feliz y sin preocupaciones. Es posible que sea un poco egoísta. Y, señor Mann, discúlpeme, pero me están esperando.

P. R. se puso en pie inmediatamente.

—Ha sido usted muy amable, condesa. ¿Puedo pedirle un favor?

—¿Qué favor?

—Si por casualidad tuviese usted noticias sobre Albert Saint-Cyr…, ¿sería tan amable de notificármelo? Estoy en el Albergo Ligure, en la 308.

Renata de Sanmaggiore vaciló un instante.

—Está bien —acepto—. Usted es un caballero, señor Mann.

—Muy agradecido. A sus pies, señora condesa.

—Muy amable, gracias. Y buenas noches, señor Mann.

Patrick Reynolds Mann volvió a inclinar la cabeza, dio media vuelta, y salió del salón. Eran las siete y media aproximadamente, la condesa iba a salir, evidentemente, y, sin embargo, P. R. notó mucho movimiento entre los servidores del palacete.

—¿La fiesta es aquí? —preguntó.

El mayordomo apenas volvió la cabeza.

—No, señor.

—Pues parece que hay mucho movimiento.

El mayordomo ni siquiera se dignó responder. Llegaron a la puerta, la abrió, y entonces dijo:

—Buenas noches, señor.

—Adiós —masculló P. R.

Delante del palacete, una buena parte del jardín se había habilitado como *parking*. P. R. se dirigió al que había alquilado, un modesto «Giulia». Se colocó al volante, salió del jardín, y detuvo el coche de nuevo. Del asiento contiguo tomó la cartera de piel, la abrió y sacó de ella la pequeña cámara fotográfica y el formidable teleobjetivo. Luego encendió un cigarrillo y se quedó inmóvil, aguantando…

Tan sólo cinco minutos más tarde, del palacete de Renata de Sanmaggiore salía el rutilante «Mercedes». P. R. distinguió perfectamente, en el asiento posterior, sola, a la bellísima condesa.

A las tres y media de la madrugada, Patrick Reynolds Mann regresaba a su hotel. P. R. dio un suave golpecito al timbre de llamada, y segundos después aparecía el conserje de noche.

—Diga, señor…

—Lamento haberle despertado, de veras, pero tengo que pedirle un favor: ¿conoce a alguien que pueda revelarme unas fotografías?

—¿Ahora? —exclamó el hombre—. ¿Esta noche?

—Las necesito para las ocho de la mañana. Pero, no soy de los que regatean el premio al esfuerzo: cóbreme lo que quiera.

—Cuente con ello, señor.

—Estupendo. —P. R. colocó el rollo sobre el mostrador—… ¿No ha venido el señor Saint-Cyr?

—No, señor… Pero alguien trajo una nota para él esta tarde. Giovanni me dijo… Perdone: usted es el señor Mann, ¿no es cierto?

—Sí. ¿Y quién es Giovanni?

—El conserje de día —el hombre sonrió—… El que usted llama chaval, señor. Me puso al corriente de su estancia en el hotel, y me dijo que quizá usted querría hacerse cargo de la nota.

—Desde luego que sí. ¿Quién la trajo?

—Una muchacha, me parece.

El conserje puso en manos de P. R. la llave y la nota. Ésta decía:

> «*Señor Saint-Cyr, tengo necesidad de ver a mi hermano, pero hace días que no consigo localizarlo. Si sabe algo de él, por favor llámeme por teléfono a casa o a la Imperiali Discothéque, aquí en horas de trabajo. Gracias.*
>
> »*Francesca Carvolaro*».

P. R. preguntó, guardándose la nota:

—¿Usted conoce a alguien que sea amigo del señor Saint-Cyr que se llame Carvolaro?

—No… No, señor; lo siento.

—Ultimo favor de la noche. Usted que está más acostumbrado que yo a manejar el listín telefónico de Roma…, ¿sería tan amable de buscarme la Imperiali Discothéque?

—Con mucho gusto, señor —el conserje recurrió a la guía, buscó, y le indicó una línea—. Aquí la tiene.

—Muchas gracias. —P. R. tomó nota mental de la dirección de la discoteca—… Y buenas noches.

—Buenas noches, señor. ¿Le llamo a las ocho?

—En punto.

Capítulo V

¡Tríliiiiíngggggg…!

La mano de P. R. estuvo tanteando algunos segundos antes de localizar el teléfono. Se lo llevó a una oreja.

—Diga —masculló.

—…

—¿Las ocho? ¿Y a mí qué limones me…? ¡Oh, sí…! Gracias.

Colgó, se sentó en la cama, y se quedó contemplando la alfombra como si allá hubiese escrito un jeroglífico egipcio. Permaneció así un par de minutos. Luego, comenzó a moverse, y consiguió ir despertando.

A las ocho y media aparecía en el vestíbulo del hotel. En el casillero 308 había un sobre a nombre del señor Mann, y éste se hizo cargo de él al entregar la llave, mientras preguntaba al conserje:

—¿Qué camino me aconseja para ir desde aquí a *Via dei Fori Imperiali*?

—¿En coche, señor?

—Sí, sí, en coche.

—¿Ha conducido usted últimamente por Roma?

—No… De eso debe hacer seis o siete años.

—Entonces, señor, me permito aconsejarle que tome un taxi.

—Entiendo. Gracias.

Salió del hotel, encontró poco después un taxi, y se acomodó en el asiento.

—*Imperiali Discothéque*, en *Via dei Fori Imperiali*… ¿La conoce?

—Sí, señor.

—Supongo que estará cerrada a estas horas.

—Lo que es la sala de baile, sí, señor. Pero encima hay una

tienda de venta de discos e instrumentos musicales.

—Bueno, lléveme allí.

Abrió el sobre y sacó las fotografías. Allá estaba Renata de Sanmaggiore… En un lujoso restaurante, en la calle, en una sala de fiestas, en otra sala de fiestas, en un café, en otro sala de fiestas…

Pero, la atención de P. R. se iba centrando en los hombres que aparecían cerca de ella. Y buscaba uno especial… Bueno, la Condesa había departido con todos sus amigos y amigas, con toda naturalidad… En las fotografías en que aparecía riendo estaba sencillamente deliciosa… Ahí estaba el tipo.

Se quedó mirando al hombre que no había formado parte del grupo de amigos de la condesa. Simplemente, ésta se había cruzado con él… Era un hombre alto, de hombros anchos, rostro hermético, de unos cuarenta años…

«Parece israelita —pensó P. R.—… Sí, de raza judía… Y no fueron figuraciones mías, no: le está diciendo algo a la condesa…».

Estuvo un par de minutos observando aquella foto. Aquel hombre estaba diciendo algo a la condesa… En cuanto a ésta, miraba hacia otro lado, pero, incluso en la fotografía, P. R. podía apreciar una cierta tensión en su cuello, en las comisuras de la boca… ¿Qué le estaba diciendo aquel tipo a la condesa, tan… misteriosamente, y por qué ella simulaba que ni siquiera le veía…, y en cambio se la veía tensa, un poco crispada?

En el Sinaí y en el Golán especialmente, los árabes y los israelitas estaban enzarzados en su cuarta guerra en aquellos días.

—Limones —se sobresaltó P, R.—… ¡A ver si me meto en un lío de espionaje!

A las nueve menos cinco, P. R. Mann se apeaba delante de la *Imperiali Discothéque*. La tienda de discos y de instrumentos musicales en la planta a nivel de la calle, estaba cerrada.

A las diez y tres minutos P. R. regresó, y encontró abierta la tienda. Sin vacilar, entró en ella, y sonrió a las tres muchachas que conversaban muy juntas, sonriendo maliciosamente, detrás del mostrador de cristal.

—Buenos días.

—Buenos días, señor —saludó una de ellas, mientras las otras dos se alejaban.

—¿Tienen ustedes pianos? —preguntó P. R.

—Pues no… No, señor. Sólo instrumentos pequeños.
—Lástima. Es que la salsa de tomate atravesó el mantel, y me manchó un poco la tapa del piano. Y no sé si barnizarlo o comprar uno nuevo.
La muchacha le contempló boquiabierta, un instante.
—Puedo facilitarle la dirección de una tienda donde encontrará magníficos pianos, señor —pudo balbucear, por fin.
—¿Son portátiles?
—¿Por… por… tátiles…?
—Sí. ¡Cómo…! ¿No ha visto usted ese nuevo modelo?
—Pu… pues no… No, señor…
—Es preciso. —P. R. puso los ojos en blanco un momento—… ¡Y usted también es preciosa, Francesca!
—Yo… yo… yo no me llamo Francesca, señor.
—¡Imposible! ¡Me han dicho que aquí trabaja una preciosidad que se llama Francesca!
—Pero aquí somos tres, señor… Francesca es aquella de allá…
—¡Ah, caramba…! Bueno. —P. R. pellizcó la barbilla de la muchacha—, de todos modos, usted es preciosa. Voy a pedirle el piano a Francesca.
Se acercó a la muchacha señalada, que como la otra, le había estado observando entre desconfiada y divertida.
—¡Hola, Francesca! ¿Cómo va la vida?
La muchacha miró de reojo a sus compañeras, y sonrió.
—Bien… Bien, señor.
—Me alegro. ¿Se nota que soy americano?
—Pues ahora que lo dice…
—Lo digo. Además de ser americano, soy… el secretario y amigo del señor Saint-Cyr. ¿Dejó usted esta nota noche en su hotel?
—¡Oh, sí…! Sí, señor. Hace días que no veo a Enrico, y me pareció que el señor Saint-Cyr podía ayudarme a encontrarlo.
—¿Por qué le pareció eso?
—Pues… Enrico trabaja muchas veces para el señor Saint-Cyr, y pensé…
—¿Qué clase de trabajo?
—Fotografías, claro…
—¡Ah…! Su hermano es fotógrafo… ¿Cuánto hace que no ve a su hermano?

—¡Oh!; un par de semanas…

—¿Y no lo encuentra? Quizá no ha buscado bien, Francesca.

—¡Oh, sí…! He visto a casi todos sus amigos, he telefoneado… Ya no sabía qué hacer, y me acordé del señor Saint-Cyr; así que fui a su hotel.

—Entiendo. Le voy a hacer una pregunta que le parecerá tonta: ¿no está su hermano en su casa?

—¿En mi casa? Es que él tiene un pequeño apartamento en…

—¿No estará Enrico en su apartamento, quizá?

—Estuve allí, y nadie contesta.

—Claro… Es usted muy bonita, Francesca, así que voy a hacerle un favor: la ayudaré a encontrar a su hermano.

—No, no…

—¿Cómo que no es bonita? Con ese tipo tan… armonioso, y esos ojos tan grandes, tan negros, tan brillantes… Y esos cabellos largos y dulces… Y esa boquita del color de las rosas al amanecer…

Francesca Carvolaro, que ciertamente era un bombón, se echó a reír.

—He querido decir que no tiene usted que molestarse, señor.

—No es molestia. Y vamos a empezar ahora mismo. Póngase los esquíes y en marcha. ¡Vamos…! ¿Qué espera?

—Pues no sé… Bueno, pronto empezarán a venir clientes, y el propietario nos tiene advertidas que no hay permisos en…

—¿Dónde está ese sujeto?

—En su despacho —señaló Francesca—. Está preparando…

P. R. ya no la escuchaba. Se dirigió directo hacia la puerta señalada, la abrió, y entró.

Salió cinco minutos más tarde, acompañado de un hombre bajito, calvo, de ojos pequeños y boca grande que reía como un conejito.

—Francesca, ¡ji, ji!, acompaña al señor Mann, tienes el día libre… ¡Ji, ji, ji!

—Jo, jo, jo —rió P. R.—… Bueno. ¡Ave, César: los que van a divertirse te saludan!

El gordito alzó también, cómicamente, un brazo.

—¡Ave, centurión, los que se quedan a trabajar te saludan! ¡Y la rana le dijo al sapo…! ¡Ji, ji, ji! ¡JI, JI, JIIIIIII!

El gordito desapareció en su despacho, y P. R., sonriendo

mordazmente, se acercó a Francesca Carvolaro.

—¿Se ha puesto los esquíes, Francesca?

—Yo… yo ya puedo salir cuando quiera… ¿Qué le ha dicho a Cario…?

—Ya no me acuerdo. Pero en estos momentos, él está convencido de que es Julio César, por lo menos… Además, le he contado un chiste. Verás, un sapo y una rana… ¿Cuántos años tienes?

—Dieciocho.

—Volveré por Roma dentro de unos cuantos años para explicarte el chiste de la rana y el sapo. Bueno, vamos a buscar a tu hermano…

—¡Oh! Yo… yo tengo mi coche afuera, en una calle de detrás de…

—Pues vamos al coche.

El coche era un «Siata 500» así de pequeño, y P. R. tuvo que doblar las piernas como nunca en su vida para acomodarse.

CAPÍTULO VI

Allá era, naturalmente, el primer sitio lógico donde debía ser buscado Enrico Carvolaro. El apartamento estaba en el Prati, en Via Pompeo Magno, casi haciendo esquina con Via Cicerone. Francesca condujo a P. R. hasta la puerta del apartamento, y llamó. Volvió a llamar. Volvió a llamar. Volvió a…

—No te molestes más. ¿Tienes una horquilla, o una lima?

—Sí… ¿Qué va usted a hacer?

P. R. tendió la mano, tomó la lima para uñas, la introdujo en el agujero de la cerradura y comenzó a hurgar. Al cabo de un rato P. R. empujó la puerta.

—Espera aquí —dijo a Francesca.

—Pero…

—Espera aquí.

Entró él, cerró la puerta…, y la abrió un minuto después, ya tranquilizado respecto a que, como ocurre en algunas películas, uno se encuentra un muerto al entrar en una vivienda ajena… o propia.

—Pasa y cierra.

Francesca entró, cerró, y se quedó todavía sin saber qué hacer. Había un diminuto recibidor, luego un corto pasillo, después un comedor con muebles muy viejos… Cocina diminuta, un dormitorio, y un cuarto bastante grande, lleno de fotografías y toda clase de material.

—Ya ve usted que Enrico no está…

—¿Conoces a la condesa Renata de Sanmaggiore?

—Sí —sonrió Francesca—… Bueno, por fotografías, claro…

—Claro. Quiero que me ayudes a buscar fotografías de ella, Francesca. ¿Sabes si tu hermano le tomó algunas?

—No… No lo sé. Pero podemos saberlo en seguida. Enrico es

muy ordenado: tiene un fichero con todas las…

—¿Dónde está el fichero?

—Afuera, en el comedor, porque aquí no hay sitio… ¿Quiere verlo?

P. R. torció el gesto, tomó a la muchacha del brazo, y salieron al comedor. Francesca le señaló el fichero, un mueble viejo y polvoriento… P. R. encontró en pocos segundos lo que buscaba: De Sanmaggiore, Renata, Condesa de.. Sacó los negativos y los miró al trasluz. Correspondían a las fotografías que Cosmopolitan había publicado de Renata de Sanmaggiore.

Patrick Reynolds Mann se pasó una mano por la boca, sin dejar de mirar la última fotografía.

—Te diré lo que vamos a hacer, Francesca —murmuró—: tú vas a seguir buscando a Enrico por todas partes. Cada hora, llamas al Albergo Ligure, y me dejas allí recado: que lo has encontrado, o que no lo has encontrado. Si no lo encuentras, sigue buscando. Si lo encuentras, os vais los dos a esperarme en el hotel… ¿Lo entiendes?

—Sí… Sí, sí. ¿Qué está ocurriendo, señor Mann?

—No lo sé. —P. R. consiguió contener un estremecimiento, ante la perspectiva de dos asesinatos—. Dime una cosa: ¿para qué buscas a tu hermano con tanta urgencia?

Francesca Carvolaro enrojeció levemente.

—Es que… el sábado tengo que pagar uno de los plazos del coche, y cuando no me va bien, pues… Bueno, Enrico me presta el dinero…

—Ya. Bien, pues tenemos que encontrarle, ¿no es así? Vamos.

Poco después salían a la calle, y P. R. dio una palmadita en una mejilla a la muchacha.

—Pórtate bien, Francesca.

—¿No viene usted conmigo?

—Más tarde me reuniré contigo. Ahora tengo que hacer.

Capítulo VII

El taxi se detuvo delante de las verjas del palacete, y el Public Relations Man tiraba de la cadenita que había a un lado de éstas.

—¡Hola! —sonrió al hombre que abrió las verjas—. ¿Me recuerdas?

—Sí, señor. ¿Qué desea?

—Lo mismo que ayer: ver a la señora condesa.

Eran las once y cuarto de la mañana y la señora condesa se dignó recibirlo, lo cual, en cierto modo, mosqueó no poco a P. R. Demasiada amabilidad, demasiadas facilidades…

Ella estaba en un pequeño gimnasio, montada graciosamente en una bicicleta, suspendida, de modo que no se desplazaba más que sobre una banda sin fin. Llevaba un maillot negro, ajustadísimo y razonadamente reducido, y un pañuelito rojo sujetando sus rubios cabellos.

—Buenos días, señora condesa —saludó P. R. desde la puerta—. Lamento mucho molestarla.

—Pase, señor Mann. Y cierre la puerta, por favor.

P. R. cerró la puerta y se acercó mirando las esbeltas y magníficas piernas de aquella bellísima mujer y sonrió.

—Si se toma la gimnasia tan en serio, vivirá muchos años —comentó P. R.—. Lo cual será bueno para usted y para los que disfrutan contemplando su belleza.

—Muchas gracias —sonrió ahora, francamente, Renata—… Pero no me parece que usted esté escaso de belleza… Masculina, se entiende.

—Pasmoso —quedó boquiabierto P. R.—… ¿Debo entender que me considera un hombre atractivo, condesa?

—Positivamente atractivo.

—¡Caramba! ¿Y… simpático?

—Me parece que lo es…, aunque a mí no me lo resulta demasiado.

—Me lo temía —farfulló P. R.—… Siempre falla algo. ¿Qué es lo que no le gusta de mí?

—Su persistencia. Me pareció que todo había quedado muy claro en la entrevista de ayer. ¿No fue así?

—Sí, sí… Entendí muy bien que usted no piensa dejar escapar un millón de dólares…, si me permite la expresión.

—¿Lo dejaría escapar usted?

P. R. soltó una sincera carcajada.

—¡No! —exclamó—. ¡Desde luego que no!

—Entonces, usted me comprende, señor Mann.

—Por supuesto. Me temo que estoy molestándola realmente.

—Un poco. En lo sucesivo, le agradeceré que cualquier aspecto de esta enojosa cuestión lo trate usted con mis abogados.

P. R. miró alrededor, con gesto afable. Además de la bicicleta, había otros elementos propios de un gimnasio.

—Me pregunto si hace usted gimnasia sueca.

—¡Ah…! Sí —rió ella—… Sí, naturalmente. La gimnasia sueca es la base indispensable para toda buena formación física.

—Nos vamos poniendo de acuerdo, condesa. ¿Qué más hace usted?

Renata de Sanmaggiore bajó por fin de la bicicleta, hizo unas cuantas flexiones, y se dirigió hacia unas colchonetas.

—Karate —dijo—. Quizá a usted no le parezca muy femenino.

—A mí, todo lo que haga una mujer como usted me parece intrínsecamente femenino —rechazó él, acercándose también a la colchoneta—… ¡Caramba, con que karate…! ¿Es usted cinturón negro de karate, tal vez?

—Todavía no… ¡AAAAgggg! —Lanzó la condesa un golpe con el canto de la mano que pasó rozando la cabeza de P. R.—… Pero espero serlo pronto… ¡AAAAg! ¡AAAAgggg! ¡DDAAAAaaaAAAAhhhh!

A cada violenta expulsión de aire, la condesa lanzaba un golpe, cortando el aire con sus delicadas manitas…

Delicadas en apariencia, pero P. R. sabía que, en, la realidad, y

sin trampas ni tonterías, un golpe de aquéllos podía dejar sin sentido a cualquier hombre. No obstante, permanecía impávido, sin moverse.

—Es un ejercicio fatigoso, me parece a mí —dijo.

—Pero muy útil —jadeó ella, mirándole con graciosísima perversidad—… Como usted bien dice, soy capaz de defenderme admirablemente, señor Mann. Vea… ¡AAAaaaHHH! ¡DAAaaAAAAAgggHHHH! ¡AAAaaahhhh!

Ante P, R., la condesa se movía como si estuviese efectuando una danza clásica, con gracia indudable…, mientras lanzaba sus golpes, ahora con los puñitos cerrados, en posición de kiba dachi, es decir, la postura del caballero de hierro, con las piernas un poco flexionadas, y el centro de gravedad muy estabilizado.

—¿Sabe, condesa…? Podría usted dedicarse a profesora de karate. La veo muy en forma, y con amplios conocimientos… ¿No sabe algunos golpes con los pies?

—¡AAAAgggg! ¡AAAAAhhhhh! ¡DaaAAAaaAAAAAhhhh!

Tres formidables patadas, incluido un impecable yoko gen pasaron rozando el hígado, el rostro, y el bajo vientre de P. R. Si le hubiesen alcanzado, le habrían fulminado como si hubiese recibido un balazo mortal. No obstante, P. R. siguió sin inmutarse. Todo lo que hizo fue quitarse los zapatos, entrar en las colchonetas, saludar inclinando la cabeza muy ceremoniosamente, a estilo oriental.

—Admirable —elogió—. Y me parece que antes de que me haga papilla el ombligo, debo solventar el asunto que me ha traído aquí… ¿Conoce usted a un hombre llamado Enrico Carvolaro?

La condesa se acercó a él, moviéndose como en un rito, y lanzó un trallazo con su mano derecha que casi afeitó a P. R.

—No —negó; lanzó otro trallazo—… ¡AAAAggg! No le conozco, me parece… ¡AAAAGGGGhhh! ¿Tiene algo que ver en esto? ¡DAAAaaaAAAA!

—Tiene algo que ver en esto —dijo P. R.—. Y sin ánimo de parecer descortés, yo creo que sí lo conoce.

—¡DAAAAaaaaAAAAAGGGG! —La condesa lanzó otro golpe, y su puño quedó a un milímetro de la barbilla de P. R., que sonrió—. No. No le conozco… ¿Quién es?

—Es un muchacho que…

—¡Le digo que no le conozco! ¡Esto es un ura tsuki que…!

El ura tsuki, traducido, era un escalofriante golpe que iba directo a la barbilla de P. R…, Seguramente, como la generalidad de los practicantes de karate, Renata habría detenido el puño cerca del rostro de P. R., sin tocarlo, pero P. R. estaba ya cansado de oír el silbido de aquellos puñitos junto a sus orejas.

Así que, sin más ceremonias, atrapó el puño de Renata en el aire, con su mano izquierda, tiró de él hasta que la condesa llegó a entrar en contacto con su cadera derecha, le pasó el brazo derecho bajo el sobaco izquierdo de ella, efectuó un quiebro de cadera hacia su derecha, giró, se inclinó…, y la condesa se pegó el gran batacazo de su vida sobre la colchoneta.

Se quedó sin aliento, con los ojos desorbitados, la boca abierta, emitiendo un entrecortado gemido…

P. R. se arrodilló junto a ella, y sonrió amorosamente.

—No se preocupe, condesa: es un sencillo tsuri komi goshi de judo, un elemental gesto de proyección por la cadera.

—¿Usted —jadeó ella, por fin—… usted sabe… judo?

—Soy un modesto tercer Dan, señora condesa. El segundo Dan lo conseguí en Tokio, en el Kodokan; el tercero, en Estados Unidos, pero examinado por un maestro japonés. Aunque creo que usted entiende bastante de esto, le diré que un tercer Dan de judo es algo así como tres veces cinturón negro… ¿Verdad que me entiende?

—Sí… Sí. Ayúdeme a… a levantarme…

—Está usted encantadora en esta postura, así, cara al techo… Es una postura sugerente. Por el momento, permaneceremos así.

—¡Quiero ponerme en…!

Renata quería ponerse en pie, en efecto. Pero una rodilla de P. R. se incrustó en su hígado… Suavemente, pero con una firmeza y una presión absolutas.

—Esto es una sencilla técnica de control, condesa. Usted ya sabe: cuando tenemos al enemigo en el suelo, podemos matarlo de un solo golpe, pero eso no sería… deportivo. Bien sé, señora condesa, que le estoy convirtiendo el hígado en *foie-gras*, pero tengo que hacerlo para poder decirle que usted tiene por cerebro una alcachofa.

—No… no le… comprendo…

—Sí me comprende. ¿Por qué limones una mujer hermosa ha de tener siempre un cerebro de alcachofa? ¿Usted cree que las alcachofas son capaces de pensar, condesa?

—No… No… Por favor, me está… lastimando…

—Cuánto lo siento —se lamentó hipócritamente P. R.—… Condesa, usted sí conoce a Enrico Carvolaro, ¿verdad?

—No… ¡No!

P. R. apretó la presión de su rodilla en el hígado de ella.

—¿Cómo ha dicho, condesa?

—¡No le conozco! —chilló Renata.

P. R. sacó un sobre y lo dejó caer en el sensacional escote femenino. Luego, quitó la rodilla de sobre el cuerpo de ella, y se sentó en la colchoneta, cruzando las piernas.

—Eche un vistazo a esos negativos y dígame si le recuerdan a usted algo.

Renata de Sanmaggiore se sentó, y dedicó unos segundos a recuperarse del susto y del disgusto. Por fin, tomó el sobre, sacó los negativos y los examinó.

—Sí —musitó—… Sí, parecen…

—Son —dijo P. R.—. Son los negativos de sus fotografías aparecidas en Cosmopolitan, condesa. Y ahora, repito… ¿conoce usted a Enrico Carvolaro?

—No… ¡No le conozco!

—Le diré otra cosa: estas fotografías estaban en el archivo del tal Enrico Carvolaro, que es fotógrafo.

—No… no sé… ¡Debió tomarlas sin que yo me diese cuenta, sin que le viese! ¡No le he visto nunca!

—¿Cómo iba a tomar unas fotografías como éstas sin que usted se diese cuenta? Vamos, vamos, condesa…

—Con teleobjetivo… ¡No lo sé!

P. R. alzó las cejas.

—Con teleobjetivo —musitó—… Sí, claro. Teleobjetivo… Bien, no niego que han podido tomarle esas fotografías de ese modo, condesa… Soy un hombre razonable. Pero insisto… ¿conoce a Enrico Carvolaro?

—¡No!

—En estos momentos, no sé si acudir a la policía y denunciar la

desaparición de dos hombres, o ir a ver a sus abogados para iniciar unas negociaciones mediante las cuales usted se comprometería a no molestar más a Cosmopolitan a cambio de que yo no recurra a la primera alternativa… ¿Qué le parece?

—¡Salga de aquí!

—De acuerdo. Pero…, ¿adónde voy? ¿A ver a la policía o a sus abogados?

—Haga lo que le plazca…, ¡pero salga de aquí, ahora mismo! ¡Y no vuelva! ¡Voy a dar orden de que no se le permita más la entrada en esta casa!

P. R. movió pesarosamente la cabeza.

—¡Oh, perdón! —Se oyó, entonces, una voz masculina—. Perdón, señora condesa, no sabía…

Los dos miraron hacia la puerta y los ojos de Renata relucieron perversamente, al ver allá, en el umbral, a un sujeto de más de metro ochenta, cuello de toro y espaldas más amplias que el Coliseo.

—Pase, Marcelo —autorizó ella—. Este caballero ya se iba.

—¡Ah! —Los ojos del tal Marcelo se entornaron, mientras cerraba la puerta tras sus espaldotas—… Lamento no haber llegado antes.

—Pues sí —sonrió ella—… Sí, en efecto, me está molestando. ¡Oh, señor Mann!, le presento a Marcelo, mi profesor particular de karate. Cuarto Dan de karate.

P. R. se puso en pie, sonriendo como podría hacerlo un cocodrilo, y agitando los dedos de la mano izquierda.

—¡Hola, Marcelo!; saludos cordiales. Adiós.

El corpachón de Marcelo obstruyó completamente la puerta, mientras el gigante miraba a Renata.

—¿Quizá el caballero se olvida algo, señora condesa?

—Me parece que sí —dijo ella—… ¿Tiene la bondad de darle lo suyo, Marcelo?

—Con gusto, señora cond…

Marcelo había dado un paso en dirección a P. R., que, con los zapatos en una mano, caminaba hacia la puerta, muy decidido. Y al ver el gesto de Marcelo, se limitó a introducir la mano derecha en el sobaco izquierdo, y a sonreír como puro almíbar.

—Es verdad —sonrió infantilmente—: me olvidaba encender

unos cuantos fuegos artificiales aquí dentro…

Marcelo quedó como clavado al suelo. Luego, miró a Renata, que estaba indecisa, pero finalmente demostró ser bastante sensata.

—Otro día recogerá este caballero lo que olvida, Marcelo.

—Como guste la señora condesa.

Marcelo se apartó, y P. R. abrió la puerta con la mano que sostenía los zapatos. Salió, cerró, y echó a andar a toda prisa hacia la puerta del palacete, sin sacar la mano del sobaco, amenazador el gesto, agresiva la mirada… Casi corrió al cruzar el jardín, salió a la calle, llamó un taxi, se metió dentro y suspiró.

—¡Limones! —exclamó—. ¡Un cuarto Dan de karate, de tres metros de alto!

—¿Adónde, señor? —preguntó el taxista.

—Lejos de aquí, amigo mío… ¡Lejos de aquí! Pero… oiga, amigo, déjeme en el primer sitio en que haya teléfono, ¿quiere?

Diez minutos después, esto es, a las doce y cinco, había llamado al hotel Ligure. Sí, la señorita Carvolaro había llamado, para dejarle un recado: ni rastro de Enrico todavía. Dijo que cuando ella volviera a llamar le preguntasen dónde estaba, para que pudiesen encontrarse, y luego se metió en una pizzeria, pensativo.

A las siete, volvió a llamar al hotel.

Sí. La señorita Carvolaro había llamado, y había dejado una dirección para él. Que fuese allá urgentemente.

P. R. salió del bar desde el cual había efectuado la llamada, y atrajo, por señas, a un taxi. Se acomodó atrás, dio la dirección que le habían indicado en el hotel, y frunció el ceño…

Capítulo VIII

Lo primero que vio al llegar ante el edificio cuya dirección le habían indicado en el hotel, fue el coche de la policía, y, un poco más atrás, una ambulancia. Delante del portal había mucha gente. Y en el portal había un policía de uniforme, que alzó una mano ante el pecho de P. R. cuando éste se disponía a entrar.

—¿Adónde va, señor?

P. R. parpadeó.

—Me ha llamado la señorita Carvolaro —musitó—… ¿Qué ha ocurrido?

El policía le hizo señas de que esperase, se acercó a otro que estaba más adentro, y le dijo algo. Lo miraron los dos. Luego, le hicieron señas de que se acercase, y el policía del interior le dijo:

—Le acompañaré, señor.

—Gracias…

Apenas entrar en el apartamento, P. R. vio a Francesca. Junto a ella había otra mujer, una muchacha de alrededor de veinticinco años, bastante llamativa por cierto, pero P. R. no le dirigió más que una mirada, porque se dio cuenta de que Francesca estaba muy pálida, como petrificada, con los ojos muy abiertos y llorosos. Hacia el fondo se oían voces en tono bajo, y el policía se dirigió hacia allí.

P. R. tomó por los brazos a Francesca.

—Francesca —susurró—… ¿Lo has encontrado?

Ella asintió con la cabeza, y de pronto estalló en sollozos y se abrazó a P. R., que estaba un poco pálido. La retuvo unos segundos, acariciándola, y luego la puso en brazos de la otra muchacha.

Se adentró en el apartamento, y vio a varios hombres delante de lo que le pareció la cocina… Sí, era la cocina. El policía que le había acompañado estaba hablando con un hombre de paisano,

delgado como un alambre, bigote, de unos cuarenta años. Éste miró a P. R., y pareció atravesarlo con su negrísima mirada.

—Entiendo que le ha llamado a usted la señorita Carvolaro, señor… —dijo, sonriéndole cortésmente.

—Patrick Reynolds Mann —murmuró P. R.—… Sí, ella me dejó esta dirección para encontrarnos.

—Americano, ¿verdad? Supongo que es el que indujo hoy a la señorita Carvolaro a buscar a su hermano.

—Sí… Sí. ¿Lo han encontrado…?

El delgadísimo bigotudo señaló hacia la cocina, y P. R. se acercó y echó un vistazo. Desde luego que habían encontrado a Enrico Carvolaro. Estaba tendido en el suelo, a punto de ser colocado en una camilla. Tenía un rostro de un extraño color azul claro…

—Ha perecido víctima del gas —dijo el bigotudo, detrás de P. R. —… Es un accidente que, por desgracia, se produce con cierta frecuencia.

—Sí, claro. Es fácil dejarse abierta… o mal cerrada una espita. ¿Cuándo ha muerto?

—El forense calcula, a reservas de la autopsia, que hace unas tres horas. Yo soy el dottore Mancini, de la policía. Dígame, señor Mann: ¿para qué buscaba usted al muchacho?

—Estoy buscando a un compatriota mío para el cual solía trabajar a veces Enrico, y cuando Francesca fue a buscar a su hermano al hotel, pensé que mi amigo podría estar con Enrico, y que sería una buena idea que yo ayudase a Francesca y ella me ayudase a mí.

—Sí, la idea es buena. ¿Cómo se llama su amigo?

—Albert Saint-Cyr. Americano, desde luego…

—Sí, sí… ¿Ha encontrado ya a su amigo?

—Todavía no. Pero eso no me sorprende —mintió—: él está siempre viajando por toda Italia, aunque reside en Roma. Es periodista.

—Ya. ¿Usted también es periodista?

—No exactamente… Soy P. R. Man.

Mancini alzó las cejas.

—¿Perdón? —demostró no haber entendido.

—Public Relations Man. Soy el jefe de las Relaciones públicas de mi empresa. La revista americana Cosmopolitan… ¿La conoce?

Mancini parpadeó. Luego, se quedó mirando con inusitada atención a P. R., antes de asentir con la cabeza.

—Sí, desde luego. Señor Mann: ¿cree usted que su amigo, el señor Saint-Cyr, y el joven Carvolaro, estaban juntos?

—Ni mucho menos. Ya le he dicho que creí que buscando a uno podría encontrar al otro, y viceversa. Enrico Calvolaro hacía fotografías para mi amigo con alguna frecuencia.

—Entiendo. Bueno, señor Mann, es lamentable que hayamos encontrado al muchacho en estas circunstancias. Quizá decidamos pedirle a usted algunas aclaraciones… ¿Dónde podemos encontrarle?

—Albergo Ligure 308.

—Gracias. ¿Conocía usted ya a la señorita Sofi Novari? —Mancini señaló a la muchacha que consolaba a Francesca—. Es la inquilina de este apartamento.

—No, no la conocía. Es la primera vez que la veo. Supongo que es… era la novia de Enrico Carvolaro…, o algo así.

—Al parecer, Enrico le pidió que le permitiese permanecer aquí unos días. La señorita Novari tenía que salir de Roma durante un mes por lo menos, y no tuvo inconveniente en dejarle la llave. Eso fue hace cinco días. Luego, la señorita Novari recibió un telegrama en Milán, donde estaba trabajando, diciendo que su madre estaba muy enferma, y regresó antes de lo previsto. Fue a ver a su madre, sé tranquilizó al ver que parecía haber mejorado bastante, y se vino aquí, a recoger algunas cosas. Al entrar…

—¿Tenía otra llave?

—Sí, claro. —P. R. habría jurado ver una sonrisa en los labios de Mancini—. Al entrar encontró al muchacho en la cocina, ya muerto, y el apartamento lleno de gas. Mala suerte: si la señorita Novari hubiese regresado unas horas antes, Enrico Carvolaro estaría vivo.

P. R. pensó: «Lo dudo». Pero dijo:

—Sí… Mala suerte.

—Lo que yo me pregunto —murmuró pensativamente Mancini— es por qué Enrico quiso pasar unos días aquí teniendo, como tiene, su propio apartamento.

—Sí… Es extraño. ¿La señorita Novari no se lo ha dicho?

—¡Oh! Ella no sabe nada. Enrico le pidió la llave, ella se la dio, y se fue. Ya le digo que eran buenos amigos. ¿Usted querría

hacerme un favor, señor Mann?

—Sí, por supuesto.

—Yo tendría que hacerle varias preguntas a la señorita Carvolaro, pero me parece que la pobre muchacha no está en condiciones de atenderme debidamente. ¿Sería tan amable de llevarla a su casa? De paso, la ayudará a darle la noticia a la madre de los chicos.

—Limones —masculló P. R.—. No me ha encargado usted ninguna fiesta precisamente, doctor Mancini.

—No está obligado. Sólo me pareció que sentía afecto por la muchacha, y creo que ella encontrará consuelo en usted.

—La llevaré a su casa.

—Muchas gracias. Por el momento, nosotros nos arreglaremos con la señorita Novari. Hay que hacer un informe, ¿comprende?

—Sí… Claro. ¿Podemos marcharnos ya Francesca y yo?

—Desde luego. Y gracias de nuevo, señor Mann.

Un minuto más tarde, Francesca y P. R. estaban en el coche de la muchacha, P. R. al volante. Enrico había muerto: ¿Qué consuelo podían aportar sus palabras a su hermana? Y al pensar en que tendría que decírselo a la madre, a P. R. se le pusieron los pelos de punta.

Volvió a estremecerse cuando pensó en Albert Saint-Cyr. ¿Lo habían matado, también? ¿O él se estaba pasando de listo y aquello había sido realmente un accidente? ¿Por qué no? En efecto, Enrico Carvolaro había estado utilizando aquella cocina de gas que no era suya, no la conocía bien…

Pero aún era más importante preguntarse: ¿Por qué se había escondido allí Enrico Carvolaro? Sí, escondido, no podía pensar más que esto. Le había pedido la llave a una persona que iba a estar fuera de Roma un mes. Luego, se encierra en el apartamento, y no se lo dice a nadie. Y si no lo había dicho a nadie, y suponiendo ciertas sus sospechas de que aquel… accidente había sido provocado…, ¿cómo lo habían encontrado?

—Sólo una persona sabía dónde estaba Enrico —reflexionó P. R. —. Y esa persona es la chica del apartamento, Sofi Novari. Quizá sepa, también, por qué Enrico le hizo tan extraña petición…

En cuanto a Albert Saint-Cyr…, ¿dónde estaba? ¿Aparecería dentro de poco, muerto, víctima de otro… accidente? ¿O tendría

mejor fortuna que Enrico, y conseguiría escapar, mantenerse a salvo?

Pero… a salvo, ¿de quién? ¿De la condesa de Sanmaggiore?

—Esto requiere una reflexión más detenida —zanjó la cuestión por el momento—… Ahora, vamos a ver a la madre de Francesca.

CAPÍTULO IX

Eran casi las doce de la noche cuando P. R. salió de casa de los Carvolaro, dejando allí un ambiente que le había deprimido como pocas cosas en su vida.

Tomó un taxi hasta el hotel, y se disponía a entrar cuando se detuvo en seco, frunciendo el ceño… ¿Por qué no esperar al día siguiente?

Dio media vuelta, fue adonde tenía estacionado el «Giulia» alquilado, y partió.

Quince minutos más tarde detenía el coche cerca de la casa donde había sido encontrado el cadáver de Enrico Carvolaro. Encontró el portal abierto y, sin vacilar, subió al segundo piso. Después de llamar varias veces, se convencía de que Sofi Novari no estaba en casa.

—Debe estar todavía con la policía.

Se metió en su coche y encendió un cigarrillo. Esperaría.

No tuvo que esperar ni media hora.

Un coche de la policía se detuvo delante de la casa, Sofi Novari se apeó, y se metió en el portal. P. R. volvió a la casa.

Esta vez sí hubo respuesta a la llamada. Sofi Novari abrió la puerta, con un gesto entre amable y expectante que hizo comprender a P. R. que la muchacha pensaba que era de nuevo la policía. Sus cejas se alzaron al ver a P. R., y, de pronto, sonrió.

—¿Me recuerda usted, señorita Novari?

—Claro que sí. Pase.

P. R. entró, indiferente a los encantos de la muchacha, que ya se había cambiado, y tenía puesta una camisita que era diminuta y como puro cristal.

—Me pareció entender que iba usted a pasar la noche en casa de

su madre —deslizó cortésmente P. R.

—¡Oh, esa vieja loca! Se asusta por nada. Me pone un telegrama, dejo mi trabajo y al llegar, me la encuentro tan campante… Mañana iré a verla. Estoy cansada.

—Sí… Lo comprendo. Imagino que la policía le ha hecho muchas preguntas.

—¡Uffff! Son unos cochinos desconfiados. ¿Qué demonios se creen, que yo traje aquí a Enrico para que muriese?

—No me parece que la policía piense eso, señorita Novari. Están cumpliendo con su trabajo, eso es todo. A fin de cuentas, ha sido hallado muerto un ser humano.

—¡Ese tonto de Enrico…! Me pregunto qué debía estar tramando con todo esto de pedirme que le permitiese estar aquí unos días.

—¿Usted no sabe por qué le pidió eso?

—¡Claro que no! Nunca antes lo había hecho.

—¿Ha estado usted alguna vez en el apartamento de él?

Sofi Novari miró con sonriente malicia a P. R.

—Es usted gracioso —rió de pronto—… ¡Claro que he estado en el apartamento de Enrico! Y él ha estado aquí muchas veces…, ¿comprende?

—Me parece que sí.

—De todos modos, aquello terminó hace tiempo. Seguíamos siendo buenos amigos, eso sí, pero nada más… ya. ¿Quiere beber algo?

—No, gracias. Yo…

—Seguramente, ese bobo se lo habrá bebido todo, así que tampoco podría invitarle… ¿Cómo dijo que se llama usted?

—Mann.

—Eso: Mann. Bueno, Mann: ¿Qué quiere usted de mí?

—Hacerle algunas preguntas. La primera de ellas ya la ha contestado usted, pero quizá recuerde algo de lo que le dijo Enrico cuando le pidió el apartamento. Algo que nos pueda ayudar a saber por qué quiso estar aquí algunos días.

—No… No recuerdo nada. Mejor dicho, no es que olvide algo de lo que él dijo: es que no me dijo nada. Me pidió el apartamento, se lo dejé, me fui…, y al volver lo encuentro muerto como un tonto. ¿Usted no me cree?

—No dudo de sus palabras, señorita Novari. Pero tenía la

esperanza de que pensando detenidamente pudiese recordar algunas de las cosas que dijo Enrico.

Sofi Novari se estiró, y bostezó. Luego, sonrió de nuevo a P. R., que la contemplaba muy serio y atento.

—Escuche, yo no sé lo que quería hacer Enrico en mi apartamento, ya se lo he dicho a la policía mil veces y a usted no sé cuántas.

—Lamento haberla molestado… Buenas noches, señorita Novari.

—Un momento, un momento —rió ella—. No se vaya. Podemos hablar de otras cosas.

Patrick Reynolds Mann alzó las cejas.

—¿Por ejemplo?

—Pues… de usted y de mí. De nosotros. ¿Tienes prisa?

—Ninguna —negó P. R.—. Pero usted está muy cansada, mañana tiene que ir a cuidar a su madre, y…

—¡Oh, vamos! Deja ya en paz a esa pobre tonta… ¿Qué te pasa? ¿No te gusto?

—Señorita Novari —deslizó, con voz sin inflexiones, P. R.—: no hace mucho ha muerto aquí una persona, y todavía se huele a gas.

—Abriremos las ventanas —rió ella; alzó los brazos, abiertos en dirección a P. R.—. Y si entra frío, ya nos las arreglaremos. Eres un hombre muy guapo, Mann… ¿Lo sabías?

—A decir verdad, ya no sé qué pensar —sonrió P. R.—. Unas dicen que soy guapo, otras que soy feo…

—A mí me pareces muy, muy guapo.

—En ese caso…

Patrick Reynolds Mann abrió los brazos, mientras su sonrisa se ampliaba. Sofi Novari también amplió su sonrisa, llena de promesas, y se acercó, relucientes los ojos… P. R. movió hacia atrás su brazo derecho, y luego hacia delante, velozmente, fuertemente.

La bofetada restalló en el apartamento, como un pistoletazo, y Sofi Novari salió volando hacia atrás, con las piernas para arriba, y cayó al suelo tres metros más allá, con la camisita ocupando el lugar de una bufanda. Se sentó rápidamente, con la mejilla roja como recién pintada, y los ojos muy abiertos llenos de lágrimas provocadas por el dolor del tremendo tortazo.

P. R. sonrió angelicalmente, y dijo:

—Adiós, repugnante Sofi. Gracias por llamarme guapo. Yo a ti

sólo puedo llamarte cerdita.

CAPÍTULO X

P. R. abrió los ojos, suspiró profundamente, se puso en pie, y efectuó unas cuantas inspiraciones profundas.

—Okay —se dijo—: listo para otro día, hermoso.

Se duchó, se vistió y con las ideas ordenadas, y el firme propósito de encauzar por su cuenta ciertas investigaciones, abandonó la *suite*.

En el mostrador estaba el simpático Giovanni, que sonrió, tomó la llave, y dijo:

—Tiene usted un sueño muy profundo, señor Mann.

—¿Sí? ¿Por qué dice eso, amigazo?

—Le he estado llamando antes por teléfono, y no ha contestado. Debía estar durmiendo, por eso les he dicho a esos señores que esperasen un poco.

—¿Qué señores?

—Aquellos dos —señaló muy discretamente el conserje.

P. R. se volvió, y contempló sin disimulo alguno a los dos personajes señalados por Giovanni. Eran dos tipos bien vestidos, correctos, serios, con cara de inteligentes, de saber pensar. Uno de ellos llevaba lentes.

—Gracias, chaval. ¿Algún otro recado?

—No, señor —rió Giovanni—: ninguno. Parece que su amigo, el señor Saint-Cyr, está prolongando mucho su viaje esta vez.

—Sí —sonrió P. R.—. Apuesto a que ha ligado por todo lo alto con una señora que vale la pena. Hasta luego, Giovanni.

Se fue directo hacia los dos hombres, se sentó en otro sillón, delante de ellos, encendió otro maldito cigarrillo, y dijo:

—Soy Patrick Reynolds Mann. ¿Me buscan ustedes?

—Así es, señor Mann. Íbamos a marchamos, pero el conserje dijo

que puesto que la llave no estaba en el casillero, usted no había salido del hotel, y aceptamos esperar…

—Sepan que mi tiempo es oro —dijo P. R.— y no del que cagó el moro. ¿Qué se les ofrece?

Los dos hombres enrojecieron, se miraron, y luego volvieron a mirar a P. R., como preguntándose si valía la pena hablar con un sujeto que decía aquellas cosas.

—Venimos de parte de la señora condesa de Sanmaggiore.

—¡Ah! De mi querida Renata, la del cerebro de alcachofa… No me digan que ustedes dos son abogados.

—Pues sí… Sí, lo somos.

—Despampanante sorpresa para este pobre obrero… ¿Y bien?

—Se entiende que somos los abogados de la señora condesa.

—Se entiende más que perfectamente, cerebrales señores. Y estoy grandiosamente impresionado. ¿Qué limones quieren ustedes?

—¿Perdón? ¿Cómo dice…?

—Digo que qué desean sus ilustrísimas señorías, de este pobre palurdo.

—Bueno, señor Mann, parece que usted… se está tomando esto a broma…

—Nunca bromeo con un millón de dólares. ¿O no se trata de eso?

—Sí… Sí, claro…

—¡Ah! ¡Vaya! Por un momento temí que fuesen a demandarme por haberle robado el corazón a la condesa.

—¿Que ha robado qué…?

—Al grano, chicos. Me voy a sacar todos los ases de las mangas para que los huelan vuestras narices. Yo también soy abogado.

—Señor Mann, sus métodos de conversación…

—Mis métodos de conversación son perfectos. ¿Cuál es la… oferta?

—¿Oferta?

—Estoy seguro de que no habéis madrugado para pedirme un autógrafo: ¿Qué oferta tenéis para mí?

—Setecientos cincuenta mil dólares.

P. R. alzó las cejas. Luego, tendió la mano derecha, con la palma hacia arriba.

—Aceptados. Vengan los machacantes.

—¿Qué…?

—Perdón —dijo el otro—… Me parece que no nos ha entendido. Los setecientos cincuenta mil dólares debe dárnoslos usted a nosotros.

—Pues lo siento, pero no llevo calderilla encima…

—Señor Mann, debería escucharnos en serio aunque sólo fuese medio minuto.

—Okay —miró P. R. su reloj—: medio minuto. Cincuenta y… No. Veintinueve segundos, veintiocho segundos, veintisiete seg…

—Estamos autorizados por la señora condesa a exigirle setecientos cincuenta mil dólares en lugar de un millón. La revista Cosmopolitan puede ahorrarse doscientos cincuenta mil dólares, y aquí no ha pasado nada. Naturalmente, tendría usted todas las garantías respecto a que la condesa, al percibir esa suma, retiraría inmediatamente la demanda.

—Según entiendo, la condesa tiene prisa por cobrar, aunque sea algo menos de un millón.

—No se trata de eso, sino de que la condesa no quisiera verse envuelta en un asunto de esa clase. Para asegurarse tranquilidad y sosiego, está dispuesta a regalar doscientos cincuenta mil dólares.

—Es mucho dinero. Con esa cantidad podría comprarse una finca en el campo y dedicarse a cuidar gallinas. Allí, nadie la molestaría. Aunque a lo mejor, la condesa no entiende de huevos.

—¿De… huevos?

—Me refiero a los que ponen las gallinas. Caballeros, muy buenos días.

Se puso en pie, y los otros dos le imitaron rápidamente, muy desconcertados.

—No nos ha dado usted una respuesta, señor Mann.

—Mire, colega —sonrió P. R.—: en el fondo, un ahorro de doscientos cincuenta mil dólares no me parece nada mal. Pero, la Cosmopolitan me paga un estupendo sueldo anual y el diez por ciento de los… ahorros que consiga para ellos en determinados asuntos muy enojosos. A mi empresa, quiero siempre conseguirle lo mejor: que no pague ni un solo centavo. ¿Hablo chino o italiano, caballeros?

—Italiano, señor Mann. Pero, entiéndalo: quizá está perjudicando a su empresa, a pesar de su buena voluntad.

—Escucha, tú —dijo P. R.—: cuando Patrick Reynolds Mann sale de Nueva York a hacer un trabajo, todo el mundo sabe que puede tomar cualquier decisión, y por el momento, la he tomado. Decidle a la condesa que le daré una respuesta definitiva dentro de unas cuantas horas. La charla ha terminado.

—Buenos días, señor Mann.

Muy serios, muy dignos, muy tiesos, los dos abogados de la condesa de Sanmaggiore se dirigieron hacia la salida, cruzando el vestíbulo como si fuese un salón de trono. Y P. R., que poco antes parecía tener prisa, volvió a dejarse caer en el sillón.

¿De manera que la condesa estaba dispuesta a rebajar doscientos cincuenta mil dólares a cambio de no seguir adelante con la demanda…? Eso habría estado muy bien si P. R. no hubiese tenido en cuenta la existencia de cierto papelito firmado por ella autorizando aquel reportaje que lo había complicado todo. ¿O no lo había firmado? Pero entonces, ¿dónde estaba Albert Saint-Cyr? ¿Por qué el pobre Enrico había…?

—Señor Mann.

P. R. alzó la cabeza.

—¿Qué hay, bienamado Giovanni?

—Es un recado de la señorita Carvolaro, señor Mann: desea verlo a usted ahora mismo, cuanto antes. Dicen que le espera…

—¿Dicen? ¿No ha llamado ella?

—No, señor. Ha dicho que es su primo Filippo, y que Francesca le espera a usted urgentemente en su coche, en el cruce de Appia Antica y Appia Pignatelli. Si no he entendido mal, han dicho que es algo relacionado con Enrico.

—Vaya —chispearon los ojos de P. R.—. ¡Estupendo! ¿Cómo puedo ir a ese lugar para…? Ya sé, ya sé: tomo un taxi, ¿no?

CAPÍTULO XI

El taxi se detuvo en el cruce donde se había indicado la cita, y, mientras pagaba P. R. vio ya el pequeño «Siata 5C0» de Francesca, un, poco más allá, estacionado, con la muchacha al volante.

P. R. cruzó la calzada, de modo que se encontró de lleno en Via Appia Pignatelli, y llegó junto al coche de Francesca. Se sentó a su lado y le sonrió cariñosamente, tomándole una mano.

—Buenos días, Francesca. ¿Cómo van esos ánimos?

—Bien… Bueno…

—Entiendo. ¿Y la *mamma*?

—Se ha pasado la noche llorando, señor Mann…

—Sí, Francesca, comprendo.

—Ella debe estar ahora viendo a Enrico…

—Has debido acompañarla —exclamó P. R.—. No creo que lo que tengas que decirme sea tan importante como para dejar ir sola a tu madre allá, Francesca. Aunque si ha ido tu primo Filippo… ¿No?

Francesca Carvolaro miraba a Patrick Reynolds Mann con la expresión de quien no entiende nada de nada. Completamente atónita.

—¿No ha ido con ella tu primo Filippo? —susurró P. R.

Las cosas sucedieron como en las películas, con una sincronización perfecta. Mientras P. R. hacía la pregunta, veía a dos hombres acercarse al «Siata 500», a buen paso, dejando estacionado cerca de ellos el coche del que habían salido, un «Fiat 1430» de color blanco, matricula Roma
895 324.

Y estos dos hombres llegaban junto al coche, y metían por cada ventanilla una pistola al mismo tiempo que Francesca

tartamudeaba:

—Pe… pero si yo no… no tengo ningún primo llamado… llamado Filippo, señor Mann…

—Vaya si lo tienes, nena —dijo uno de aquellos dos tipos—: yo me llamo Filippo.

—Y yo Ambrogio —dijo el otro; sonrió—. ¿Qué tal, prima Francesca?

P. R. se pasó la lengua por los labios, tras mirar las dos pistolas, y de nuevo miró a la muchacha.

—No fuiste tú quien me envió el recado citándome aquí. ¿Verdad?

—A… a mí me dijeron que usted… que usted quería verme en seguida, aquí…

—¡Qué par de tontos! —rió Filippo—. Y ahora, vamos a hacer las cosas con calma, muchachos. Nosotros dos iremos detrás y la chica conducirá. ¿No os gustaría dar un paseo por la playa de Lido di Ostia?

—Es un plan desbordante de posibilidades —dijo P. R.—. Pero no he traído mi bañador.

—Pues quizá te permitan bañarte desnudo —rió Ambrogio—. Sal de ahí, nena, que entraremos detrás…

—¿Les importaría que llevase yo el coche? —dijo P. R.—. Temo que Francesca está muy asustada, y podríamos matarnos todos.

—Este muchacho piensa bien —dijo Filippo—. Mira, tú no te molestes en salir del coche, amiguito. Desplázate hacia el asiento del volante. Tú, nena, sales, das la vuelta al coche, y…

Total, que quedaron los cuatro dentro del cochecito de esta manera: Francesca, junto a P. R., que estaba al volante. Y detrás, los dos primos Filippo y Ambrogio, cada uno con su pistola. Ambrogio apretó la punta del cañón contra la nuca de P. R.

—En marcha —dijo secamente.

Roma quedó atrás. De vez en cuando veían el Tíber, discurriendo silencioso, oscuro, cerca de la carretera.

—De acuerdo —dijo, de pronto, P. R.—: que sean setecientos cincuenta mil, sin más complicaciones.

Durante unos segundos no obtuvo respuesta, y comprendió en seguida que era debido a la sorpresa. Por fin, oyó la voz de Ambrogio.

—¿Qué dice?
—¿No les envía la condesa? —murmuró P. R.
—¿Qué condesa?
—Cierra la boca, idiota —gruñó Filippo—. Y usted también, muchacho, o le voy a romper la cabeza.
—O me confundo yo, o ustedes están cometiendo un gran error —dijo P. R.—. Miren, por unos cuantos cochinos dólares no vamos a…
—Oiga, o se calla o le limpio las dos orejas de un solo balazo. ¿*Capisca*?
—¡*Capisco, capisco*! —Respingó P. R.
¡Vaya si capiscaba! Esto es, que comprendía perfectamente que, o se callaba, o le disparaban una bala que le atravesaría la cabeza de lado a lado.
Patrick Reynolds Mann sintió algo así como si su sangre se calentase de pronto, se pusiese a hervir e inundase su cabeza. ¿Querían matarlos…?
Bueno.
Apretó el pedal del gas, y el cochecito pareció saltar, aumentando bruscamente la velocidad. Apretó más, y más, y más… La aguja del velocímetro señaló los ciento diez kilómetros por hora.
—Oye, tú. —Filippo volvió a ponerle la pistola en la oreja—: ¿Qué es lo que quieres? ¿Que nos matemos todos?
—Sí —dijo P. R.—: exactamente eso.
Oyó el respingo de Ambrogio, y captó el gesto de sobresalto con que lo miró Francesca.
—Afloja la marcha —ordenó Filippo, con voz ronca—. ¡Afloja la marcha, macho, que no eres Fittipaldi!
—Desde luego que no soy Fittipaldi —dijo P. R.
—¡Dale un golpe! —chilló Ambrogio—. ¡Nos vamos a matar, Filippo!
P. R. ya no podía aumentar la velocidad, por la sencilla razón de que el pedal del gas había llegado hasta el fondo: ciento veinte kilómetros por hora. No va más.
—Eso, Filippo —dijo P. R.—: dame un golpe, y verás adónde vamos a parar todos… ¡De cabeza al infierno!
—¡Quita el pie de ahí! —ordenó Filippo, casi histérico—. ¡Te digo que…!

—No te pongas nervioso —recomendó P. R.—, te aseguro que sé conducir. ¡Date cuenta, macho!

El coche comenzó a rodar en un zigzag cerradísimo, que hacía rechinar los neumáticos. Un enorme camión pasó a menos de una nariz del utilitario, emitiendo un tremendo bocinazo.

—¡¡¡… ón!!!

—Me parece que me han dicho algo feísimo —sonrió P. R., que estaba pálido como un muerto.

—¡Para! —chillaba Ambrogio—. ¡Para, idiota, para…! ¡Nos vamos a matar!

—Los cuatro juntitos —dijo P. R.—. Ésa es la idea, queridos amigos.

—¡Estás loco! —aulló Filippo—. ¡Frena el coche!

—Okay —dijo P. R.—, voy a frenarlo…, cuando vosotros hayáis tirado las pistolas por la ventanilla.

—¡Te voy a…! ¡EEEeeeEEEEEHHHHH…!

El coche describió otro enloquecedor zigzag, rozando un gran turismo cuyo conductor se detuvo un centenar de metros más allá, con ambas manos sobre el corazón y la boca abierta angustiosamente… Otro camión pareció ir a engullirlos, para, en el último instante, pasar casi tocándolos, con seco resoplido… Ciento veinte, ni un centímetro menos de velocidad por hora.

Todo el cochecito trepidaba y crujía, listo para saltar en piezas, de un momento a otro… Filippo consiguió colocarse de nuevo en posición de sentado, y P. R. le dijo:

—O todos, o ninguno, Filippo. Tenéis cinco segundos para tirar las pistolas. De lo contrario, me estrello contra otro vehículo.

—¡No, espera! ¡Espera, maldita sea tu estampa…! ¡Ambrogio, tira la pistola fuera!

P. R. vio un par de objetos brillantes que salían por la ventanilla, y preguntó:

—¿Las han tirado, Francesca?

—No… no sé… Sí, creo… que sí… —P. R. alzó el pie del pedal del gas, y miró a la muchacha, cuyos dientes chocaban ruidosamente. Sonrió, igual que si le estuviesen operando de apendicitis a lo vivo, y de pronto, ya el cochecito a una velocidad muy razonable, giró hacia la derecha, de modo que el vehículo se salió de la carretera y comenzó a rebotar por el campo hasta que,

con seco frenazo, P. R. detuvo el colche en el centro de un pequeño tomatal, cuyas cañas de sostén saltaron, golpearon el coche, aparecieron por las ventanillas…

P. R. paró el motor, y el silencio cayó bruscamente sobre ellos, como un peso físico, auténtico. A saber cuál de los cuatro estaba más pálido. P. R. vio un tomate entrando por la ventanilla y dijo:

—Caramba…, ¿todavía hay tomates, en octubre?

Francesca rompió a llorar, de pronto, ocultando el rostro entre las manos…, y eso le salvó sus lindas facciones, porque Ambrogio lanzó una maldición y le dio un terrible empujón hacia delante con el asiento, abrió la puerta y salió del coche, mientras la muchacha quedaba pegada de manos al cristal, gritando. Filippo golpeó con el puño la nuca a P. R., y se lanzó hacia aquella portezuela abierta, aplastando de nuevo a Francesca contra el parabrisas.

Los dos corrían ya campo adentro cuando P. R. salía del coche, turbia la mirada, pero comprendiendo que ellos podían contestar a preguntas que podrían ser de gran utilidad.

Se lanzó en su persecución, pisando tomates y plantas, y en pocos segundos alcanzó a Filippo deteniéndolo en seco de tal modo que Filippo cayó de espaldas, y acto seguido, sin vacilar, se arrodilló colocando una rodilla en el vientre de Filippo, y descargó un puñetazo vertical contra su rostro, girando el puño, en ferocísimo atemi de judo.

La nariz de Filippo reventó como si hubiese sido un tomate más de aquel campo.

—¡Ambrogio…! —gritó el facineroso, casi desvanecido.

Y al mismo tiempo giraba hacia un lado. Es decir, intentaba girar, porque el control que la rodilla de P. R. ejercía sobre su vientre era perfecto. Así que todo lo que consiguió fue apartar un poco la cabeza, de modo que aquel puño que de pronto parecía de hierro pasó rozando su oreja derecha, despegando la mitad, y obligando a Filippo a lanzar un terrible grito de dolor.

El rostro de P. R. parecía de piedra, cuando alzó otra vez el puño. Un puño grande, sólido, fuerte, endurecido por el entrenamiento en el makiwara, el tablón clavado verticalmente en su gimnasio y con un acolchamiento de cuerda en su parte superior…

Esta vez no llegó a bajar el puño.

Ambrogio llegó por detrás y le lanzó un puntapié bestial a los riñones, que derribó a P. R. encima de Filippo. Pero, para asombro y espanto de Ambrogio, P. R. se puso en pie inmediatamente, se volvió y tendió las manos hacia él, como garras. El canalla comprendió que solamente podrían escapar de allí si vencían al americano, así que se abalanzó contra él, golpeando como un loco a todas partes…, menos a la que le interesaba. P. R. desapareció bajo él. Sencillamente, desapareció. Ambrogio se sintió asido por un brazo, notó el tirón, gritó al verse de cabeza hacia el suelo…, y salió volando como un muñeco por encima de las plantas, para caer de espaldas en formidable batacazo. ¿Qué había pasado allí?

Se puso en pie, vio venir hacia él a P. R. apartando las matas, tendidas aquellas manos que parecían garras…, y dio media vuelta, echando a correr. Por un momento, pareció que P. R. fuese a perseguirlo, pero evidentemente, tuvo una idea mejor. Tenía detrás a Filippo, que bastaría para ponerle al corriente del asunto.

Se volvió para ir a su lado…, y vio a Filippo ante él, con un pedrusco en la mano, ya camino de su cabeza.

¡Cloc!, resonó la cabeza de P. R., al recibir el golpe en la frente. Un instante después, P. R. estaba sentado en el suelo, con la sensación de que la cabeza se le iba, dando millones de vueltas…

—¡Señor Mann! —Oía—. ¡Señor Mann…!

Oía otras voces, y gritos… Cuando su visión se aclaró, estaba rodeado de personas solícitas que le sostenían.

—Estoy bien —dijo P. R.—. Estoy bien… Gracias, estoy bien…

—¡Se estaban golpeando! —gritó alguien—. ¡Yo lo he visto!

P. R. se abrió paso hacia Francesca, que acudía hacia él. La muchacha se echó en sus brazos, llorando, y P. R. la abrazó… mientras veía detenerse en la carretera, delante del lugar del accidente, a dos policías motorizados.

CAPÍTULO XII

El doctor Mancini entró en aquel cuarto del puesto de los carabinieri, donde habían sido instalados Francesca y P. R.

—Ya está todo arreglado, señor Mann.

—Gracias… Gracias por venir, doctor. Espero no haberle causado demasiadas molestias con mi llamada telefónica.

—De ninguna manera. ¿Están bien los dos? Señorita Carvolaro: ¿Está bien?

Francesca asintió con la cabeza, y el policía de los bigotes sonrió, desviando la mirada hacia P. R.

—Me imagino —susurró P. R.— que ahora querrá que le expliquemos lo sucedido.

—Tengo el coche afuera. Los llevaré a Roma, y por el camino, si es usted tan amable… Pero, señor Mann —de nuevo sonrió Mancini —, no me gustaría escuchar mentiras ni tonterías.

—Le diré la verdad de lo sucedido —aseguró P. R.

Mancini dejó pasar delante de ellos a Francesca, y retuvo a P. R. por un brazo.

—Será mejor que sí me diga la verdad, señor Mann —susurró—, porque Enrico Carvolaro fue asesinado.

—¡Ah!

Mancini lo miró atentamente.

—No parece sorprendido.

—No. Quiero decir que ahora, después de lo que han querido hacer con Francesca, ya no me sorprende.

—Con Francesca y con usted, supongo.

—Sí, claro… ¿Cómo han sabido que Enrico fue asesinado?

—A usted le va a parecer una teoría un tanto peregrina, señor Mann, pero a mí me parece bastante aceptable. Al hacerle la

autopsia, han encontrado una gran cantidad de somnífero en el estómago del muchacho.

—¿Somnífero? No comprendo…

—Yo pienso que le obligaron a ingerirlo, lo dejaron dormido allí, y abrieron el gas. ¿Lo comprende ahora?

—Desde luego… Es un método cómodo para asesinar.

—Sí —sonrió fríamente Mancini—. ¿Le parece a usted probable que fuesen los mismos hombres con los que usted peleó?

—No lo sé.

—Pero, al menos tendrá una idea de lo que está sucediendo.

—No —mintió P. R.—. Todo lo que sé es que mi amigo Albert Saint-Cyr jamás ha estado fuera de Roma tantos días, y como eso me preocupaba, comencé a buscarlo, y de rebote, busqué a Enrico Carvolaro… Al parecer, eso no gustó a algunas personas. Conozco a dos de ellas, que se llaman Filippo y Ambrogio. Y no sé nada más.

Se sentía molesto, incómodo, porque Mancini le miraba de tal modo que parecía incluso capaz de adivinar sus pensamientos.

—Bueno —dijo el policía—, vamos al coche, y me explicará lo que sepa, con todo detalle.

Francesca estaba ya en el coche, en el asiento de atrás, y los dos se acomodaron también allí, dejando a la muchacha en un extremo. Mancini le dijo al chófer que emprendiese el regreso a Roma.

—Le escucho, señor Mann.

Cuando P. R. terminó su relato, estaban cerca de Roma. Mancini permaneció pensativo unos segundos y por fin preguntó:

—¿En ningún momento uno de esos hombres mencionó el apellido del otro?

—No… Yo no me di cuenta, al menos. ¿Y tú, Francesca?

La muchacha movió negativamente la cabeza, y Mancini, tras palmear cariñosamente una mano, volvió a mirar a P. R.

—Ha demostrado usted un valor fuera de lo corriente, señor Mann, pero, dígame…: ¿Se habría estrellado contra otro coche o contra un árbol si aquellos sujetos no hubiesen tirado sus pistolas?

—No lo sé —se estremeció P. R.—… Pero me parece que no.

—¡Ah! De todos modos, fue astuto y valiente. Una última pregunta, señor Mann: ¿cuál era la matrícula del coche?

—¿De qué coche?

—Del de Ambrogio y Filippo. Usted dice que los vio salir de un

coche estacionado cerca del de Francesca, pero que no les prestó atención en principio. Pero muy pronto sí les prestó atención… ¿Cuál era la matrícula del coche?

—No me fijé en ella.

Mancini sonrió como un lobo ante un par de gallinas. Luego, señaló la herida que P. R. tenía en la frente.

—Bueno —dijo muy amablemente—, ahora tendremos que ir a un hospital, para que examinen esa herida suya.

—No es nada. Yo mismo puedo…

—No, no, por favor… Me considero responsable de usted, señor Mann, de modo que lo llevaré a un hospital, pediré que le atiendan, que lo pongan en cama, y que lo tengan en observación unos cuantos días, naturalmente, custodiado por un par de mis hombres.

—Eso quiere decir que estaré… prisionero unos cuantos días…

—¡Oh, vamos…! Solamente bien atendido y protegido.

P. R. soltó un gruñido y masculló.

—Matrícula Roma
895 324.

CAPÍTULO XIII

Aquella tarde, a las cuatro y media, fue enterrado Enrico Carvolaro, y P, R. estuvo presente, sombrío y silencioso, desistiendo de consolar a Francesca, y mucho menos a la *signora* Carvolaro.

Francesca y su madre vestían de negro y lloraban mucho. Habían acudido muchos amigos de los Carvolaro, incluida Sofi Novari.

En el fondo, P. R. se preguntaba qué hacía allí. Él también se sentía lógicamente como un extraño, ya que, a fin de cuentas, Enrico Carvolaro no había significado nada para él.

Todo terminó.

P. R. miró a las Carvolaro, vaciló, y decidió que era mejor marcharse sin decirles nada. Sí, eso haría.

—Señor Mann…

P. R. parpadeó, y captó, entonces, la imagen de Sofi Novari ante él, mirándole con expresión un poco asustada.

—Diga, señorita Novari…

—Yo… en realidad… apreciaba a Enrico. Quiero decir…

—La entiendo. Pero supongo que dentro de poco seguirá con su vida alegremente estúpida.

—El concepto que tiene usted de mí…

—Vamos, vamos, Sofi; no nací ayer. Dejemos eso… ¿Querría hacerme un favor?

—¡Sí, sí!

—Bien. —P. R. sacó un fajo de billetes italianos del bolsillo y se lo entregó—. Cuando le parezca oportuno, entréguele esto a la pobre Francesca. Dígale que es dinero de Enrico, que lo ha encontrado usted en su apartamento. ¿Comprende?

—No mucho, pero lo haré. ¿Por qué hace usted esto, señor

Mann?

—¿Y yo qué limones sé? —masculló P. R.

A las cinco y media, después de tomarse un par de aspirinas, se tumbó en la cama y cerró los ojos. No se durmió, pero fue notando, poco a poco, el alivio a su tremendo dolor de cabeza. Se levantó, y en el cuarto de baño procedió a cambiarse el esparadrapo de la frente. Bueno, en unos pocos días no quedaría allí más que una delgada cicatriz.

—Si vuelvo a ponerles la mano encima, se acordarán de mí.

Sí, esperaba encontrar de nuevo a Filippo y Ambrogio, y no estaría desprevenido esta vez.

—Tengo que hacer algo —se dijo—, pero…, ¿qué? Puedo elegir entre cuatro caminos. Uno de ellos es interesarme por el coche matrícula Roma
895 324,
pero ése lo deben estar buscando Mancini y sus hombres. Puedo buscar al tipo israelita que fotografié. Puedo ir a ver a los abogados de la bella Renata. Y por último, y es lo más razonable, puedo hacerle otra visita a la condesa y, aunque esté allí su profesor de karate…

¡Zuuuuummmb!, zumbó el llamador de la puerta de la *suite*.

Dejó de contemplarse en el espejo, y fue a abrir. Durante un momento, no reconoció al hombre, pero en seguida lo recordó como el chófer que parecía estar al servicio directo de Mancini.

—Buenas tardes, señor Mann. El *dottore* Mancini me envía para recogerlo, si es usted tan amable.

—¿Para recogerme? ¿Qué pasa ahora? —De pronto palideció intensamente—. ¿Han encontrado a Albert Saint-Cyr?

El policía vaciló, se pasó la lengua por los labios.

—No —musitó—. La verdad es que yo no sé nada. ¿Sería tan amable de acompañarme? Tengo el coche abajo.

Cuando salieron a la calle era ya noche cerrada, y estaba lloviznando. P. R. se acomodó junto al policía, prietos los labios.

CAPÍTULO XIV

El coche se detuvo delante de un edificio de una sola planta, donde había otro coche de la policía.

Mancini apareció en seguida, cuando P. R., tras salir del coche, contemplaba intrigado aquel edificio, que parecía un almacén.

—Es una pequeña fábrica de cerámica de artesanía —explicó Mancini, amablemente—. ¿Cómo va esa cabeza, señor Mann?

—Bien, gracias. ¿Por qué me ha hecho venir?

Mancini señaló hacia el interior del edificio, y comenzó a caminar hacia allí. Entraron los dos y P. R. vio inmediatamente el coche matrícula Roma
895 324.

—¡Lo han encontrado! —exclamó.

—No fue demasiado difícil, francamente.

—Ya. ¿Y los dos individuos?

—También los hemos encontrado. Venga.

Había más policías allí. Mancini había señalado hacia el fondo, donde estaba el homo para la cocción de cerámica, encendido. A medida que se acercaban, llegaba hasta ellos el calor intenso, por la abierta puerta de hierro. Un resplandor rojizo que se expandía por el lugar… Un resplandor y un olor que, poco a poco, fue siendo captado por P. R.

—¡Huele a…!

—Están ahí —señaló Mancini hacia el suelo.

P. R. bajó la mirada y vio lo que quedaba de dos cuerpos de hombre. De cintura para arriba, la carne había desaparecido, prácticamente, devorada por el calor del horno.

—Se nos ocurrió abrir el horno, no sé por qué —musitó Mancini —, y los vimos a los dos, con los pies hacia la puerta. Mucho me

temo que no será posible identificarles de un modo… digamos legal, pero yo estoy convencido de que son Filippo y Ambrogio. ¿Qué le parece a usted, señor Mann? Quizá recuerda sus pantalones, o sus zapatos… ¿Podría identificarlos?

P. R. se acercó a los medios cadáveres, caminando como un autómata. Se quedó mirando las piernas y los zapatos, y tragó saliva.

—No lo sé —susurró—. La verdad, no lo sé…

—Está bien, no se preocupe. Yo estoy convencido en un noventa y nueve por ciento de que son ellos. Localizamos el coche como perteneciente a esta fábrica, que está a nombre de Filippo Motti y Ambrogio Domato, así que tienen que ser ellos… ¿Qué le ocurre?

—Me… me encuentro mal… Lo siento, pero me encuentro… muy mal…

—Venga conmigo. Es natural que esto le impresione.

Lo llevó hacia la derecha del local, abrió una puerta y le hizo entrar. Mancini abrió un armario y sacó una botella de coñac y un vaso. Escanció un poco de licor y se lo llevó a P. R., que bebió un sorbo.

—¿Se encuentra mejor? —Le palmeó Mancini un hombro.

P. R. abrió la boca para contestar, pero entonces vio realmente lo que había a su alrededor, y comprendió que estaba en un despacho…, que parecía haber sido registrado brutalmente. Había papeles por todos lados, carpetas, libros…

—¿Qué ha pasado aquí? —murmuró.

—Es el despacho de la fábrica, claro está. Y evidentemente, alguien lo ha registrado. Nosotros también lo hemos hecho, y creo que hemos tenido más suerte que nuestro predecesor… La verdad es que no le he traído aquí sin motivo, señor Mann.

—¿Qué quiere decir?

Mancini bajó la cabeza y sacó un pasaporte, que tendió a P. R. Éste lo tomó, lo abrió, y vio la fotografía del dueño del pasaporte. Cerró los ojos, lívido como un muerto.

—Lo siento —susurró Mancini.

—Dios mío…

—Estaba en esa caja fuerte empotrada. Nosotros sí pudimos abrirla… Había otras cosas, también. ¿Quiere verlas?

P. R. no contestó, pero Mancini las sacó de un bolsillo, y las mostró en la palma de la mano. Había un reloj de oro y un llavero, también de oro y muy peculiar, que figuraba un globo terráqueo. Es decir, la marca de la revista Cosmopolitan. La tomó, y le dio la vuelta. En efecto, tal como temía, leyó en aquella grabación:

HONOR
de
Cosmopolitan
a
Albert Saint-Cyr

—De verdad que lo siento —insistió Mancini.

P. R. volvió a mirar la fotografía del pasaporte, por supuesto a nombre de Albert Saint-Cyr. Y allá estaba el rostro del viejo amigo, sonriente, simpático, con sus cientos de pecas y sus rebeldes cabellos, dándole aquel aspecto de simpatiquísimo granujilla…

—¿Puedo marcharme? —susurró P. R.

—Lo llevaremos de nuevo a su hotel —asintió Mancini—. Pero de momento no puede quedarse nada de esto. Y le agradecería que permaneciese en Roma hasta que terminemos las diligencias, señor Mann.

—Sí… Está bien, sí. Gracias.

—¿Usted no sabe nada de esto, señor Mann?

—¿De qué?

—De esto. Es evidente que alguien asesinó a Enrico Carvolaro, y también a Albert Saint-Cyr. Y al parecer, estaban dispuestos a hacer lo mismo con usted y con Francesca Carvolaro…

—Y con Filippo y Ambrogio, ¿no?

—No —negó Mancini—. Podemos pensar que estos dos han sido los ejecutores… iniciales, es decir, los que mataron a Enrico Carvolaro y a Albert Saint-Cyr. Luego, ellos se enteraron de que usted estaba buscando a ambos ayudado por la muchacha, y decidieron eliminarlos también. Finalmente, como Filippo y Ambrogio fallaron, y existía el temor de que pudiesen ser localizados gracias a las indicaciones de usted, fueron eliminados a su vez. ¿Lo comprende?

—Sí.

—Bien… ¿Y no sabe nada?

—No.

—Le voy a pedir por favor que no salga de su hotel, señor Mann. Mañana le visitaré y quizá entre los dos, ya más sosegados, podamos encontrar alguna explicación a esto. ¿Le parece bien?

—Sí.

—De acuerdo. Lo llevarán a su hotel.

—Gracias.

A las nueve de la noche, Patrick Reynolds Mann entraba uña vez más en el Albergo Ligure. Subió a la *suite* de Albert Saint-Cyr, se desnudó, y se quedó pensativo unos segundos, en calzoncillos. Luego, del armario sacó unos pantalones oscuros y un jersey deportivo, que se puso de cualquier manera. Salió de la *suite,* y se dirigió hacia el montacargas de los servicios del hotel. Bajó, corrió el pasillo, y llegó a la parte de atrás… Había visto demasiados telefilmes de policías para pasar por alto la muy posible realidad de que Mancini que no parecía tener un solo pelo de tonto, hubiese colocado a uno de sus hombres para vigilarlo.

CAPÍTULO XV

Sorpresa.

El palacete de la condesa de Sanmaggiore estaba profusamente iluminado, y varios coches entraban en los jardines cuando Patrick Reynolds Mann llegó en el taxi.

—Parece que hay una fiesta —dijo el taxista.

—Sí… Nos vamos a divertir todos mucho.

Pagó, y se dirigió directo a las verjas. No había vigilancia doméstica de ninguna clase, allí. Pero delante mismo del palacete, algunos criados recibían los coches, abrían las puertas para que saliesen sus ocupantes. Los elegantes caballeros en esmoquin y las elegantísimas y enjoyadas damas, naturalmente en traje de noche, subían la amplia y breve escalinata blanca, lanzando destellos mil, gracias a sus joyas: sortijas, brillantes, perlas…

—Eso es lo que son: perlas, con alcachofas por cerebro… Pero lo pasan bomba.

Se metió las manos en el bolsillo, y subió la escalinata. Un criado se quedó atónito al verlo, y acudió casi corriendo, pero P. R. lo eludió dando una desconcertante vuelta a su alrededor, y el hombre se encontró mirando hacia el jardín. P. R. llegaba al interior del palacete. Es decir, a la entrada, en la cual estaba, recibiendo a sus invitados, Renata de Sanmaggiore, bellísima como nunca. Su piel parecía de seda dorada, y la línea de sus hombros y cuello era de una perfección abrumadora. En cuanto a sus ojos, del malva parecían haber pasado también al dorado. Era como una muñeca hecha de sol…, con el cerebro de una alcachofa. Porque si ella había creído que podía engañar a Patrick Reynolds Mann…

Se dio cuenta de que Renata le estaba mirando estupefacta, tan visiblemente turulata, que los invitados que estaban con ella

tuvieron que volverse, llenos de curiosidad. Y todos se quedaron contemplando a aquel tipo que hacía catorce horas que se había afeitado, vestido de día de *camping*, las manos en los bolsillos, y un esparadrapo en la frente.

P. R. alzó una mano, y sonrió.

—Hola, condesa. ¿Cómo estás?

—Pe… pero…

—Tenemos que hablar. —P. R. hizo un gesto de cabeza hacia el interior del palacete—. Así que date prisa. Te espero en la fiesta… ¿Hay caviar?

Una de las damas que Renata estaba recibiendo parecía al borde del desmayo, y la otra tenía la boca abierta. Por detrás, llegaban más invitados, que se detuvieron desconcertados. El criado llegó, desencajado el rostro, y asió a P. R. por un brazo, tirando de él.

—Perdón —balbuceó—. No sé cómo ha podido entrar, señora condesa…

—Muchacho —le miró amablemente P. R.—, si no sueltas mi musculoso brazo te vas a llevar el disgusto de tu vida.

—Haga el favor —mascculló el criado—. Usted no puede…

Tiró de nuevo del brazo de P. R., pero fue lo mismo que si hubiese querido mover una viga de hierro clavada un par de metros en cemento. Al mismo tiempo, P. R. lo asía con dos dedos por el codo, y apretaba suavemente…, al parecer. El hombre lanzó un aullido, lo soltó, y retrocedió dos pasos, mirándolo con expresión desorbitada, colgando inerte su brazo.

—Pequeña presión en los puntos interno y externo del codo llamados respectivamente Tsiou Tsré y Ude-narashi. El primero es un punto, digamos que descubierto por los chinos, y el segundo por los japoneses. Forman parte de su repertorio en luchas maquiavélicas. Bueno, condesa: ¿Tienes o no tienes caviar? Oye, estás guapísima, tú, chica. Estás hecha una perla, te lo digo yo. Me dan ganas de convertirme en ostra, ¡para comerte! ¡Hey, chavala! —Chascó dos dedos—. ¡Despierta, que te espera una entrevista de amor!

Dos criados llegaron corriendo, y se acercaron a P. R., demudados, tendidas las manos, pero éste las apartó de modo muy doloroso para ellos, golpeándolas velozmente con los cantos de las suyas.

—Condesa —la miró malignamente—, ¿quieres que la armemos?

—Déjenlo —tembló la voz de Renata—. Vuelvan a sus ocupaciones.

—Y diles que soy tu invitado, tía buena —sonrió P. R.

Renata de Sanmaggiore enrojeció, les hizo una seña a sus criados, y éstos se alejaron. P. R. se llevó un dedo a la sien.

—¿Y champaña? —preguntó.

—Hay de todo, señor Mann.

—Perfecto. No me tardes, guapa, que tengo hambre, y estás para morderte. Señoras, caballeros —inclinó la cabeza—, encantado de su compañía: pasen, pasen… ¿No? Bueno, luego nos vemos.

Se adentró en el palacete, llegó al gran salón, frunció el ceño cuando se hizo un denso silencio entre los invitados que le habían precedido. Todo estaba lleno de esmóquines, joyas y escotes…

—Por favor, damas y caballeros, sigan ustedes, sigan… No soy más que otro invitado, no el rey de Culolandia.

Se fue a la gran mesa, echó un vistazo y atrapó con gran exquisitez un canapé de caviar, que se metió entero en la boca…

—¿Champaña, señor? —Oyó a su lado.

Se volvió y sonrió de oreja a oreja al ver a la bonita y sonriente criada, con encantador uniforme, que colocaba ante él una bandeja llena de copas.

—Sí, en efecto, me apetece una copa de champaña. Es usted muy amable… Gracias, señorita. ¡Oh, pero permítame…! ¡No debe usted andar cargada con esto, por favor! —Le quitó la bandeja, la dejó sobre la mesa, y tendió una copa a la muchacha—. La reina de las bebidas para la reina de la amabilidad. ¡A su salud, señorita!

—Pe… pero, señor; yo… yo no puedo beber con… con usted…

—¿No? ¿Por qué? ¿Su novio es celoso?

—No… N-n-no, señor, no… Es que…

—Pues debería serlo, porque es usted preciosa. Permítame presentarme: Patrick Reynolds Mann, a sus pies. ¿Puedo tener el privilegio de conocer su nombre?

—¿Qué…?

—Su nombre, por favor.

—¡Oh, sí…! Pues… Me llamo Antonella, señor.

—Antonella… ¡Antonella! ¿No es un nombre precioso? Antonella, ¿aceptaría mi humilde compañía?

—Pero, señor…

—Allá veo un mullido sofá. Presumo que está usted cansada, distinguida señorita. Acépteme esta copa y mi brazo y me sentiré… ¡terriblemente feliz!

—Sí, señor —tartamudeó la muchacha—. Como usted guste.

Tomó la copa, mientras P. R. la tomaba de un brazo.

—¡Hey, condesa, veo que sabes elegir bien a tus invitados! Tráenos más champaña y caviar, ¿quieres?

Los aristocráticos invitados estaban convertidos en estatuas. P. R. esperó a que se sentase Antonella, y él lo hizo a su lado.

—Hermosa fiesta —comentó—. ¿Qué celebramos?

—Es… es el cumpleaños de la señora condesa.

—¡Oh, limones…! ¿De veras? ¿Cuántos?

—Treinta… treinta y dos, señor…

—Hum. ¿Treinta y dos? Bueno, no es correcto murmurar al respecto, ¿verdad? La edad de una mujer es algo privadísimo. ¿Le parece adecuadamente frío el champaña, Antonella?

—Sí, señor —brillaban ahora los ojos de la muchacha—. Está muy bueno.

—¡Ah, magnífico! Espero que mi compañía no le resulte desagradable. Me causaría un tremendo desconsuelo.

—No, señor. Más bien todo lo contrario.

—¡Ah, ah, ah…! Entonces, le resulto simpático… ¿Es eso?

—Sí, señor… ¡Muy simpático!

—Y guapo.

—Bueno…

—¿Guapo, no?

—Pues… Francamente, señor: no.

—Caramba… Esto es terrible. Pero, en fin, una dama como usted, de su exquisitez e inteligencia, no se va a asustar por una cara fea.

—No, señor. Es que tampoco hay para tanto… No es guapo, pero tampoco da miedo.

—Algo es algo. ¿Más champaña?

—Pues… sí, sí.

—En seguida vuelvo. —P. R. se puso en pie y se acercó a un grupo; tocó en la espalda a uno de los hombres—. ¡Hey, muchacho! A ver si nos llevas un poco de algo, allá. Con burbujas.

En el grupo, y en todo el salón, que había ido recobrando su ritmo de vida, se hizo un denso silencio. El hombre se volvió, y miró fríamente a P. R.

—Se equivoca usted, señor.

—¿Me equivoco? ¿En qué? ¿No eres un camarero?

—Soy el marqués del Floro.

—¡Anda…! Vaya metedura de pata, hermano… Pero tienes ese tipo tan raro… Es verdad; con ese tipo no puedes ser camarero del Floro. Pero, de todos modos, voy a permitirte que nos lleves champaña a la señorita Antonella y a mí. ¡Vivo, mueve las extremidades inferiores!

Atendiendo a las frenéticas señas de la condesa, que estaba a punto de morirse, o poco menos, un camarero había corrido ya hacia P. R. con una bandeja llena de cepas y canapés, y carraspeó tras él.

—¡Señor! —llamó su atención—. Tendré mucho gusto en servirle.

Patrick Reynolds se volvió y sonrió amistosamente.

—Amigo mío, usted es un hombre de bien —le pasó un brazo por los hombros—. Venga a departir con la señorita Antonella y conmigo. Si no la conoce, puedo presentársela.

—La conozco, señor.

—¡Magnífico! ¿Cuál es su nombre, regio caballero?

—Pietro, señor.

—Pues, amigo Pietro… ¿Qué pasa, ahora?

La condesa ya no sabía qué hacer, y había hecho una seña a los componentes de la orquesta, que comenzaron a tocar. P. R. los contempló con el ceño fruncido y llevó a Pietro al sofá.

—Con su permiso, Antonella: vuelvo en seguida.

Se fue a donde estaba la orquesta, cuchicheó algo con el director, que se inclinó para escucharle, y cuando el hombre palideció y dijo que no con la cabeza, P. R. lo asió por las solapas…, y el hombre comenzó a decir que sí.

Así que P. R. regresó al sofá, mientras la orquesta comenzaba a tocar… el vals de La viuda alegre.

—¡Condesa! —gritó P. R.—. ¡Va por ti! ¡Me han dicho que hoy cumples setenta años! ¡Felicidades! ¡Estás mejor conservada que una momia egipcia!

Cada una de las palabras de P. R. era como una pequeña bomba que caía en el salón.

—¡Hey, nobles caballeros, bellas damas de gran pechuga, a bailar todo el mundo! —vociferó.

Además de las bombitas, soltaba verdaderas cataratas de agua helada, que estaban enfriando los mejores ánimos de la reunión. Un caballero dijo algo, y pareció dispuesto a acercarse a P. R., pero la dama que estaba con él le sujetó por un brazo, murmuró algo…, y los dos se dirigieron hacia la puerta.

—¡Muchachos! —les gritó P. R.—. ¿Ya sabéis dónde está el retrete o queréis que la condesa os guíe?

Ésta fue otra pequeña bomba y una espesa lluvia helada al mismo tiempo. P. R. llegó al sofá, se sentó, y tomó otra copa de champaña.

—Bueno… ¿Por dónde íbamos, señorita Antonella? ¡Cómo, amigo Pietro…! ¿No bebe usted?

—Sí… Sí, señor, sí…

—¡Estupendo! ¡Le estaba contando a la señorita Antonella lo de una vieja amiga…! Sí, tenía cerca de cien años, pero ella decía que tenía setenta. Un día se encontró, como suele decirse, a las puertas de la muerte… Eso no la entristeció demasiado, porque era inteligente, y sabía muy bien que a todos nos llega esa triste hora. Lo aceptó con valor, y con dignidad admirable… Sólo me dijo: Querido Patrick, no creas que me importa morir. ¡Pero hacerlo en plena juventud…!

Pietro y Antonella rieron, pero muy poco, nerviosos, mirando aterrados hacia la puerta del lujoso salón. P. R. volvió la cabeza, y sonrió duramente al ver a todos los invitados convergiendo hacia allí, acompañados de la palidísima Renata, que en vano intentaba suavizar la insalvable situación.

—¿Es buena o no es buena la anécdota? —Amplió su sonrisa, mirando a sus invitados particulares.

—Sí —dijo Pietro—… Sí, señor, es buena.

—Sí —rió nerviosamente Antonella—. ¡Je, je, je!

P. R. se puso en pie, y se colocó delante de la orquesta, que seguía interpretando La viuda alegre. Hizo un gesto, y la orquesta enmudeció en seco.

—Caballeros, un poco de sentido común —dijo P. R.—. Están

ustedes tocando La viuda alegre, ¿no es así?

—Sí… Sí, señor…

—Pues entonces, amigos míos —susurró P. R.—, será mejor que no toquen nada. Y si no tocan nada…, ¿qué limones pintan ustedes en este lugar? ¿Han cobrado ya?

—Sí… Sí, señor.

—Pues buenas noches.

Hubo un instante de desconcierto. Luego, cada músico cargó con su instrumento, y se dirigió hacia la puerta.

En resumen: P. R. y la condesa quedaron solos, y, muy pronto, rodeados del más denso silencio. P. R. fue en busca de una bandeja, y se paseó alrededor de la mesa, eligiendo sus bocados preferidos. Tomó también una botella de champaña y una copa, y se fue con todo hacia el piano, indudablemente propiedad de la casa.

—La marcha fúnebre de…. ¿Chopin? ¿Bach? ¿Frank Sinatra? Ahora no recuerdo… De todos modos, es una marcha fúnebre… ¿Y sabes por quién, condesa?

Ella le miró, y no dijo nada. Sólo parpadeó, y dos enormes lágrimas, como perlas auténticas, se deslizaron por sus mejillas. Sí, perlas con alcachofas…

—Creo que sí lo sabes —murmuró P. R., sombrío—. Feliz cumpleaños, condesa…, porque va a ser el último de tu vida. ¿Vienes tú o voy yo?

Tomó la copa y fue a sentarse delante de Renata, colocando un sillón delante del de ella.

—Mientras esperamos que tus criados avisen a la policía para que vengan a por mí…

—No he dado semejante orden —dijo ella, con voz velada.

—¿Ah? Vaya, no eres tonta del todo, entonces. Tampoco eres muy amable, ya que si hubieses avisado a la policía, me habrías ahorrado a mí la molestia de hacerlo. Pero dejemos esas cuestiones… Sólo dime: ¿por qué, condesa? ¿Por el documento que le firmaste?

Renata alzó la mirada, y se quedó mirándolo con expresión clarísima de no comprender nada.

—¿Qué? —musitó.

—La muerte de Albert. ¿Conseguiste recuperar el documento?

Renata de Sanmaggiore palideció intensamente.

—¿Ha… ha muerto…, Albert Saint-Cyr? —Apenas se oyó su voz.

—Vamos, vamos —entornó los ojos P. R.—. Ya basta de bromas y tonterías, condesa.

—No sé de qué me habla usted.

—¿No? Bueno, te lo explicaré: primero, le firmas a Albert la autorización para que publique el reportaje que tú misma le facilitas, luego, eliminas a Enrico Carvolaro, que te tomó las fotografías, y a Albert Saint-Cyr, para quitarle la autorización firmada. Y como yo me estoy poniendo pesado, envías a tus secuaces a liquidarme también, sin que importe que esté con Francesca Carvolaro. Así, muertos todos, nadie podrá demostrar que existía esa autorización tuya, la demanda sigue adelante, y, por supuesto, ganas el pleito: un millón de dólares. Buen golpe, condesa.

—Está loco —jadeó ella—… ¡Usted está loco!

—De rabia. Albert era uno de mis mejores amigos…, y de buena gana te estrangularía: puedo hacerlo con una sola mano, condesa.

—Usted está loco —insistió ella.

—Quizá sí. Vamos, convénceme de que estoy loco.

—¿Cómo… cómo iba yo a matar a Albert Saint-Cyr…? ¡Está loco! —aseguró una vez más—. ¡Claro que no he hecho semejante cosa, por Dios!

—No personalmente, pero sí tus cómplices. Dos de ellos eran muy torpes, pero no el tercero, el cómplice… de calidad.

—¡No sé de qué me habla!

P. R. sacó unas fotografías del bolsillo, separó una, y la colocó en el amplísimo escote de Renata.

—Échale una mirada a esa fotografía…, por favor.

Ella la tomó con dos deditos, la miró…, y volvió a palidecer.

—¿Y bien? —susurró P. R.—. ¿Reconoces a tu cómplice? Éste es el que dirigía a Filippo y a Ambrogio, ¿no es así? Y es judío.

—Está… está equivocado, señor Mann… No es lo que usted piensa, no… Este hombre es judío, sí, pe… pero… no es ningún… asesino. Es… es amigo mío, es… Bueno, yo… yo también soy judía…

P. R. quedó un instante estupefacto.

—Bueno, de acuerdo: eres judía. Razón de más para que te busques cómplices judíos. Dime dónde está este hombre, y…

—¡No lo sé! ¡Ni sé nada de la… de la muerte de Albert Saint-Cyr…! ¡Es mentira!

—Ojalá —murmuró P. R.—. Pero me consta que no. También me consta que habéis matado a Ambrogio y a Filippo, y que…

—¡No hemos hecho nada de eso! ¿Por qué había de hacerlo? Escuche, yo solo… sólo quiero el dinero. ¿Cree que… que habría rebajado la cantidad si no estuviese dispuesta… a ser razonable?

—¿Razonable? —Parpadeó P. R.—. ¿Ra-zo-na-ble? Eres fantástica, condesa… Muy bien, esta mañana me enviaste a tus abogados para ofrecerme un arreglo: setecientos cincuenta mil dólares en efectivo, y todo terminado. Te voy a hacer una contraoferta: te entrego mañana mismo, en billetes americanos, quinientos mil dólares, y asunto terminado.

—Tendría… tendría que consultarlo…

—¿Con quién? ¿No acabas de decir que no sabes dónde está tu amigo israelita?

—Puedo… intentar localizarlo…

—Muy bien: localízalo. Ahora.

—Tengo… que llamar por teléfono.

—Utilísimo artefacto. Vamos allá. Y te voy a decir una cosa muy interesante: si dices algo más de lo que debes decir, irás a parar al mismo sitio que Albert. ¿Me comprendes?

Renata lo miraba desconcertada, pero acabó por asentir con la cabeza, y se puso en pie. P. R. hizo lo mismo, la tomó amablemente por un brazo, y fueron al saloncito privado de ella.

—¡Cáscaras…! ¡Qué humilde covacha!, ¿verdad? Llama.

Señaló el teléfono, de color rosa, que había sobre una mesita de laca negra. Renata descolgó el auricular, y marcó un número… que P. R. retuvo, sin la menor dificultad, en su memoria.

—Soy Renata —dijo ella, rápidamente—. El señor Mann está aquí, conmigo: ofrece sólo quinientos mil dólares, en efectivo, a pagar mañana mismo. ¿Tendremos suficiente con esta cantidad?

—No creo poder convencerlo. El cree que… que hemos matado a Albert Saint-Cyr.

—Sí, tendré cuidado, sí.

Colgó el auricular, se volvió hacia P. R. y musitó:

—Aceptamos.

—Muy bien. Vendré mañana con el dinero… y con la policía.

—¡No! ¡La policía no!

—Ya te he dicho que intentaré ayudarte, pero no esperes que pase por alto la muerte de Albert.

—Pe… pero primero… necesito tiempo… para entregar el dinero a mis amigos… Si viene con la policía no podré hacerlo…

—Bien… Comprendo tu postura, desde luego. Está bien, condesa: esperaré a que hayas entregado el dinero antes de avisar a la policía.

—Confío en usted.

—Desde luego. Cuando P. R. hace un trato, lo cumple, caiga quien caiga. Adiós, condesa… ¿Te he deseado ya un feliz cumpleaños?

—Ha sido desastroso… ¡Nunca le perdonaré lo que ha hecho con mi fiesta!

CAPÍTULO XVI

El taxi se detuvo delante del Albergo Ligure y P. R. pagó, se apeó y entró en el hotel. Recogió la llave en la conserjería y se dirigió al ascensor.

Lo primero que hizo al entrar en su *suite* fue coger el directorio telefónico de Roma y sentarse en un silloncito, con el librazo sobre las rodillas. Comenzó a buscar el número, pero, tan sólo cinco minutos más tarde, sonó el teléfono. Lo miró con el ceño fruncido, vaciló, y optó por atender la llamada.

—¿Sí?

—…

—¿La policía? —se sorprendió.

—…

—Bien… Sí, sí, dígales a esos dos caballeros que suban.

Colgó, encendió un cigarrillo, y se quedó mirando hacia la puerta. Un minuto más tarde sonó la llamada, y fue a abrir… ¿Qué limones podía querer, ahora, Mancini?

No era Mancini.

Era una pistola. Detrás de la pistola había un hombre. Y junto a este hombre, otro, cuya presencia hizo palidecer a P. R., era el judío cuya fotografía había obtenido siguiendo a Renata de Sanmaggiore. Al de la pistola no lo conocía…

—Buenas noches, señor Mann —saludó el de la pistola—. ¿Podemos pasar?

—Otro día será, hermano —sonrió P. R.

El hombre sonrió secamente. Entraron los dos, y el narigudo amigo de Renata se acercó, y le pasó las manos por todo el cuerpo. Luego miró al otro, y movió negativamente la cabeza. Sin más, se dirigió al dormitorio.

El otro judío dijo:
—Siéntese, señor Mann. Terminaremos pronto.
—Terminarán…, ¿qué? ¿Conmigo?
El hombre sonrió, le empujó hasta sentarlo, y se sentó él. Encendió un cigarrillo y se quedó mirándolo con curiosidad especulativa.
—¿No le gusto? —preguntó P. R., con voz tensa.
Con voz muy tensa, casi ronca, porque estaba comprendiendo que aquellos dos hombres no tenían nada en común con gentecilla como Filippo y Ambrogio. No. Aquellos dos sujetos eran de otra clase.
Cuatro o cinco minutos más tarde, el amigo de Renata apareció en el saloncito, miró a su compañero, y una vez más movió negativamente la cabeza.
—Bien, señor Mann —dijo—, no parece que haya nada digno de ser tenido en cuenta en su equipo.
—¿Mi equipo?
—Quiero decir que no lleva armas, ni pasaportes falsos, ni micrófonos, o cosas de ésas. Siendo americano, pensamos que podría estar trabajando para la
C. I. A.,
pero también teníamos que admitir la posibilidad de que trabajara para la
M. V. D.
—¿Para… para el servicio secreto… ruso? —tartamudeó P. R.
—Ya vemos que no. Tal como nos dijo Renata, usted, simplemente, es el jefe de relaciones públicas de esa revistucha, y está en Roma para solucionar el asunto de la demanda… ¿Correcto?
—Sí… Sí, desde luego.
—Bien. Mire, señor Mann, no tenemos por norma ir perjudicando a la gente que no pertenece a nuestro… círculo profesional. Renata quiere ese dinero para algo que es muy importante para nosotros, de modo que usted va a jugar limpio con ella. Es decir, le entregará mañana los quinientos mil dólares, y le dejará tiempo para que finalice lo que empezó…
—Sí, señor.
—Me satisface que vaya a ser un buen muchacho. Pasemos a otro tema: He encontrado unos negativos con impresiones de la

condesa, sus amigos… y yo mismo. Usted tiene las fotografías. ¿Le parece bien que yo me haga cargo de ellas?

—¡Oh, sí…! Yo podría perderlas.

—Eso. Démelas.

P. R. sacó del bolsillo las fotografías, y el narigudo las tomó, buscó hasta encontrar la que delataba su veloz y discreto contacto con Renata de Sanmaggiore, asintió, y se las guardó todas.

—De acuerdo. Por esta vez, la cosa va a terminar bien para usted, pero no olvide que somos gente de poca paciencia.

—No lo olvidaré… ¿No piensan matarme?

—No. Pero…

El puño derecho del narigudo se hundió en el estómago de Patrick Reynolds Mann con una fuerza terrible, espantosa. P. R. quedó lívido, con el rostro desencajado, encogido el cuerpo… Otro golpe, en el mismo sitio, lo dejó congelado, y en su frente aparecieron unas gotitas de sudor frío, mientras su estómago parecía volverse del revés.

—… Pero —terminó el narigudo— creo que esto es lo menos que usted se merece, por haberle arruinado la fiesta a Renata. Cuando la llamé después de verle salir a usted de su casa, para interesarme por el tipo que tanto la visitaba, me dijo quién era o decía ser usted.

—Ya… ya me he… dado cuenta… —jadeó P. R.

—Espero que la lección le haya servido de algo. Adiós.

P. R. quedó solo, y permaneció encogido todavía, durante casi un minuto. Cuando consiguió enderezarse, fue al cuarto de baño, y metió la cabeza bajo el chorro de agua fría. Luego, se tocó cuidadosamente el estómago, y lanzó un alarido.

—Mi madre —jadeó—. ¡Cómo pega ese tío! Bueno, al menos no he vomitado el salmón y el caviar.

Por efectos del par de golpes en el estómago, tenía las piernas flojas como si fuesen de papel, pero consiguió llegar tambaleante hasta el sillón, y volvió a tomar el listín telefónico. Lo abrió, y se quedó con la mirada perdida, llegando mucho más allá de las páginas llenas de nombres y de números. Poco a poco, sus ojos parecieron ir congelándose. Por fin, asintió con la cabeza, tiró el listín a un lado, y se dirigió a la cama.

No necesitaba para nada saber en qué lugar de Roma estaba

aquel número telefónico.

CAPÍTULO XVII

—Buenos días, señor Mann —saludó amabilísimamente el mayordomo—. ¿Desea usted ver a la señora condesa?

—Oiga —se mosqueó P. R.—: ¿Se está burlando de mí?

—¿Por qué dice eso, señor Mann?

—Las otras veces me miraba usted como si fuese un gusano, y ahora me da la bienvenida… ¿Son órdenes de la perla?

—¿De quién, señor?

—De la perla con alcachofa… De la condesa, hombre.

—¡Ah, no…! No, señor. Es cortesía propia y espontánea con la que intento demostrar mi simpatía hacia usted, señor.

—Entiendo —rió P. R.—. Bueno, mis saludos a Antonella y a Pietro. Y ahora, si es posible, vamos a ver a la señora condesa.

—Con muchísimo gusto, señor. Además, ella le está esperando.

—¿Loca de amor?

—Ojalá, señor —rió el mayordomo—: sería estupendo tenerlo a usted en este lugar. Por aquí, si tiene la bondad.

Poco después, la condesa le recibía en su saloncito privado, hecha un sol de belleza y encanto, con un salto de cama tal que convirtió la sangre de P. R. en nitroglicerina: al menor contacto, ¡pum!

—¡Hola, tú, condesa! —saludó—… ¡Qué guapa estás, condenada!

Ella miró la cartera de piel que P. R. llevaba en la mano.

—¿Ha traído el dinero? —musitó.

—Sí. Contante, pero no sonante, porque los billetes no suenan. ¿Tienes firmado tu papelito?

Ella señaló la mesita de laca negra, y P. R. tomó el papel que había allí, lo leyó muy atentamente, y asintió con un gesto.

—Okay. No habrá demanda. Aunque eso le está costando a la Cosmopolitan quinientos mil dólares. Todo un fracaso… para mí…

—Lo siento —murmuró Renata—. ¿Puedo ver el dinero?

P. R. le puso la cartera sobre las rodillas, ella la abrió y vio la gran cantidad de fajos de billetes americanos.

—¿No lo cuentas?

—Le conozco ya bien, señor Mann: sé que hay aquí medio millón de dólares. Buenos días.

—¿No quieres que hablemos de la visita que me enviaste anoche, querida mía? Me refiero al narigudo y al otro.

Ella le miró, súbitamente, alarmada.

—Tenía que hacerlo, señor Mann. ¿Va a tomar represalias?

—Debería hacerlo —masculló P. R.—. Sí, debería darte dos puñetazos como los que recibí anoche, condesa.

—Mis amigos solamente querían recuperar las fotografías en las que aparecía uno de ellos.

—Son espías, ¿verdad? —susurró P. R.—. Espías israelitas.

Renata bajó la cabeza.

—Adiós, señor Mann.

—Adiós, condesa. Me gustaría poder quedarme contigo, pero así es la vida.

—Mañana.

—De acuerdo. Bien… Adiós.

Renata no contestó, ni alzó la cabeza. P. R. esperó en vano unos segundos, sintiéndose triste como nunca se sintió en su vida. De pronto dio media vuelta y salió del saloncito.

Renata de Sanmaggiore no se movió hasta que hubieron transcurrido no menos de diez minutos. Entonces, descolgó el teléfono, y marcó un número.

—Tengo el dinero.

—¡…!

—¿Cuándo hay que hacer el pago?

—…

—Está bien… Te lo llevaré hoy mismo.

CAPÍTULO XVIII

A las ocho de la noche, Renata de Sanmaggiore salió de la casa-palacio. Se dirigió al garaje, eligió el coche más pequeño y metió el bolso en el maletero. Luego, se puso al volante, maniobró para salir y, poco después, lo hacía del recinto del palacete.

Durante casi dos horas, Renata de Sanmaggiore estuvo conduciendo por Roma. Detuvo el coche en Via Leonardo da Vinci, y, a pie, se dirigió: hacia el centro de este popular barrio romano.

Por fin, algo más tarde de las diez, Renata entró de sopetón en un portal, y subió ágilmente los empinados escalones de piedra. Llegó al segundo piso, llamó, y respiró profundamente.

La puerta se abrió, y un hombre de mediana estatura, cabellos oscuros, ojos también oscuros y provisto de una barbita y un bigote muy elegante, apareció ante ella. Renata se irguió, sobresaltada.

—No te asustes —rió—, soy yo.

Todavía desconcertada, Renata entró en aquel apartamento. El recibidor era a la vez comedor, y sobre la mesa, pendía una sucia bombilla que proporcionaba una luz amarillenta, triste.

—¿Es el dinero? —El hombre señaló la bolsa de lana.

—Sí… Hay que terminar pronto, porque Mann…

—¡Oh, deja en paz a ese tonto!

El hombre abrió la bolsa, vio el dinero, y sonrió.

—Quinientos mil dólares… Bien, no es medio millón lo que quería, pero también habrá suficiente.

—Mis amigos están esperando ese microfilme —murmuró Renata—. ¿Cuándo verás al árabe que lo vende?

—Tenía entendido que los espías sois muy pacientes, Renata.

—¡Yo no soy una espía! —protestó ella—. Sólo soy judía, y como tal, tengo que ayudar a Israel como pueda y como sea. Por eso me

he metido en este lío, igual que tú.

—Está bien. ¿Les has dicho a tus amigos dónde encontrarme?

—Claro que no. Así lo convenimos, y así lo he hecho… No se lo he dicho a nadie.

—Entonces…, ¿realmente no les has hablado de mí?

—Te he mencionado como el enlace que iba a conseguir ese microfilme que un agente árabe nos va a vender, y en el que se indican todas las disposiciones tácticas y políticas tomadas secretamente en El Cairo por los jefes árabes… Pero no he dicho tu nombre, ni mucho menos dónde estás escondido, aunque les gusta saber que en el mundo hay judíos como tú y como yo, dispuestos a todo por ayudar a los suyos.

—Sí —murmuró el hombre—. Nos hemos arriesgado mucho, es verdad. Has sido muy valiente, Renata. Muy valiente…

—No sé cómo saldré de ésta si no terminas pronto todo el negocio —se inquietó ella—. Mann me enviará mañana a la policía, y no sé cuánto tiempo podré resistir sus interrogatorios.

—Lo planeamos todo muy bien, sólo tienes que hacer lo que te dije… ¿Acaso no ha salido tal como te dije?

—Sí, pero… Bueno, no sé… Creo que ya sería el momento de que aparecieses. Y aun así, no sé si podremos convencer a la policía.

—Tienes razón —sonrió él—. Y me pregunto cómo pude convencerte para que me secundases.

—Lo he hecho por Israel, naturalmente —se sorprendió ella.

—Sí… Demasiado amor, condesa, demasiado amor.

—¿Demasiado? ¿Cómo puedes hablar así tú, un judío? ¡Nunca damos demasiado amor!

—Eres verdaderamente admirable —sonrió irónicamente el sujeto de la barba—. Pero recapacita, Renata, ¿tú crees que la policía se tragaría todo el cuento con la misma facilidad con que tú te lo tragaste? ¿Crees que ellos serían tan ingenuos como tú al creerme, al aceptar todo lo que yo te dije? ¿De verdad no has comprendido que en el mismo momento en que yo apareciese, se descubriría toda la verdad sobre mí?

—Pero tú dijiste que…

—¡Dije lo que tenía que decirte para convencerte de que me ayudases a conseguir un millón de dólares de la Cosmopolitan! Pero en todo momento ha sabido que si yo aparezco, se descubriría mi

jugada.

—Pero… entonces…, ¿por qué lo… lo hemos hecho así?

—Renata, eres bellísima, eres valiente… Pero no eres demasiado lista. ¿No lo entiendes? Escucha. En cuanto me avisaste de que P. R. andaba buscando a Enrico, tuve que adelantar mis planes…

—¿Adelantar?

—Claro. Enrico tenía que morir, de todas formas, pero yo quería esperar a tener el dinero. Ahora bien, si P. R. lo estaba buscando, había que darse prisa, porque conozco a P. R. ¿Estás segura de que nadie te ha seguido?

—Sí —musitó Renata, desconcertada—. Sí… Y… Y… ¡Dios mío! Entonces. ¿Enrico no murió de accidente?

—¡Claro que no! Lo maté yo. Fue muy fácil de engañar, como tú… Me presenté allí, lo engañé, lo maté. Y luego envié a dos imbéciles a matar a P. R. y a quitarle los negativos de las fotografías que te había hecho Enrico, pero fallaron. Por eso los maté…, y los metí en el horno. Luego, lo dejé todo preparado según me convenía, y me vine a esperarte a ti…, para matarte también, Renata.

Renata de Sanmaggiore se quedó contemplando con expresión desorbitada la enorme navaja que apareció de pronto, en la mano del sujeto de la barba. Sólo pudo reaccionar para retroceder un paso.

—¡No! —gimió—. ¡No, no, no…!

—Será… un crimen pasional, o algo así. Será interesante leer lo que dirán los periódicos. Con este dinero, iré a Suiza, utilizando uno de los dos pasaportes falsos que ya tenía preparados. También cuento con un cirujano que cambiará mis facciones. Y con una nueva personalidad y medio millón de dólares, empezaré una nueva vida… en Brasil, quizá.

—El microfilme —sollozó Renata—. ¡El microfilme, tienes que dármelo! Al menos eso…

—Eres una pobre estúpida. ¿No comprendes que no existe tal microfilme? ¿Que sólo quería conseguir con tu ayuda un millón de dólares, o medio, a costa de mentirte diciéndote que soy judío?

—¡No eres judío…!

—Claro que no. Por mí, los judíos podéis iros al demonio. ¡Y tú vas a ser la primera! Cuando te encuentren muerta, darán por cerrado el círculo, todo habrá terminado, no tendrán ninguna pista.

El hombre apartó de un manotazo la mesa que Renata iba interponiendo entre ambos a medida que él avanzaba, con el reluciente cuchillo en alto. Y al mismo tiempo que la mesa caía de lado, la puerta del apartamento crujía salvajemente, con formidable estruendo… El hombre se volvió hacia allí, lívido de pronto el rostro…, y la puerta saltó al segundo envite, quedando colgada de los goznes, y dejando paso a Patrick Reynolds Mann, que entró como una tromba.

El sujeto de la barba lanzó un alarido de furia, y corrió hacia P. R. como enloquecido, navaja en alto. Llegó ante P. R. cuando éste aún no había terminado de incorporarse y le asestó una cuchillada que P. R. esquivó, dejándose caer de espaldas.

La hoja de acero pasó silbando por delante de su rostro y el sujeto de la barba, debido al impulso, cayó hacia P. R., que encogió las piernas, recibió al sujeto con los pies juntos en el estómago, y lo lanzó por encima en dirección a su cabeza.

En un espectacularísimo vuelo, el sujeto de la barba llegó a otra pared y se estrelló contra ella de espaldas, cabeza abajo, como consecuencia del feliz tomoe ttage de judo, aplicado por P. R., que se puso en pie como un rayo, a tiempo de ver llegar al otro de cabeza al suelo.

—Está bien —jadeó—. Lo que has hecho…

El otro se revolvió, asió el cuchillo y se puso en pie.

—¡Te mataré! —chilló agudamente—. ¡Maldito seas!

De nuevo se abalanzó sobre P. R., lanzando otra cuchillada, mientras en la puerta se oía la voz de Mancini:

—¡Apártese, señor Mann, apártese!

P. R. recibió con pasmosa frialdad al sujeto, parando el golpe de la navaja con el antebrazo izquierdo, giró sobre las puntas de los pies, de modo que dio la espalda al otro, pasando su brazo derecho por el sobaco del mismo lado del barbudo, y tiró de la mano izquierda que aferraba ahora la muñeca armada, mientras se inclinaba hacia delante.

Fue un ippon seoi nage perfecto, impecable. El barbudo salió volando de nuevo, pero esta vez chillando como un loco, y sin soltar la navaja. Cayó en durísimo impacto a los pies de Mancini, que tenía la pistola en la mano y que conminó:

—¡Quieto, Saint-Cyr, le estoy apuntando con…!

El barbudo se puso en pie de nuevo, tambaleante, con la cabeza sangrando, desorbitados los ojos…, uno de los cuales ya no era oscuro, sino azul claro, pues había saltado la lentilla de contacto…

—¡Os mataré a todos! —aulló, enloquecido.

Y efectivamente, lanzó otra cuchillada, ahora en dirección a Mancini, que retrocedió un paso pero el barbudo alzó de nuevo el brazo armado…

¡*Pack*!, restalló el disparo de Mancini.

Albert Saint-Cyr recibió el balazo en el centro del pecho y salió disparado hacia atrás, soltando la navaja, manoteando, girando. Y girando, fue a dar de bruces contra P.
R. Mann,
que lo sostuvo por los sobacos, tan pálido como pudiera estar Mancini.

—Albert —gimió P. R.—. Albert, Albert…

—P. R…, mal… maldito seas…, entromet…

Ya no dijo nada más. La cabeza cayó blandamente sobre su pecho, y P.
R. Mann
se encontró sosteniendo el cadáver de Albert Saint-Cyr. Lo depositó en el suelo, lentamente. De un seco tirón retiró la barba y el bigote postizos. Luego, con cuidado, retiró la otra lentilla e contacto que oscurecía un ojo de Albert Saint-Cyr.

Se dio cuenta de que los cabellos no eran postizos, sino teñidos, así que ni siquiera los tocó. Cerró los párpados del cadáver, se puso en pie y se dirigió hacia la puerta. Mancini le salió al paso.

—Es él, ¿verdad?

—Sí —musitó P. R.

—Lo siento, Mann.

P. R. asintió y salió del apartamento. En el descansillo estaba Renata de Sanmaggiore, entre dos policías. Se detuvo ante ella, y se miraron largamente. Luego, el Public Relations se fue, escaleras abajo.

Mancini apareció en la puerta.

—Luciano, ve a llamar. Venga, señora condesa, he ocultado el cadáver con la mesa. Por favor, entre. Tú, Giusseppe, quédate aquí y que no entre nadie, ¿estamos?

—Sí, *dottore*.

Mancini cerró la puerta y se quedó mirando a Renata.

—Me gustaría atender la súplica del señor Mann —dijo el policía —, pero va a ser muy difícil no molestarla a usted con este asunto, condesa.

—¿Él le ha pedido eso? —murmuró Renata.

—Sí.

—Es muy amable de su parte… ¿Me han seguido ustedes?

—Así es. El señor Mann me llamó anoche y me dijo que necesitaba quinientos mil dólares y que a cambio de prestárselos unas horas pondría en mis manos al asesino de Enrico Carvolaro, Filippo Motti y Ambrogio Donato. Cuando me dijo que era Albert Saint-Cyr creí que se había vuelto loco.

—¿Cómo… cómo lo supo él?

—Se lo dijo usted, condesa. Después de hablar por teléfono en su presencia, usted le llamó P. R. Y en Italia, nadie, excepto Albert Saint-Cyr, podía llamar así a Patrick Reynolds Mann. Éste comprendió la verdad un poco más tarde, sin embargo, cuando dos hombres de los que no quiere ni hablar le visitaron en el hotel y dijeron que ellos la habían llamado a usted por teléfono. Lo cual quería decir que usted no los había llamado a ellos para consultar su oferta. Entonces, fue cuando el señor Mann cayó definitivamente en la cuenta de lo que significaba que usted le hubiese llamado P. R. Estaba destrozado cuando me llamó para decirme que Albert Saint-Cyr estaba vivo, y que era él quien había asesinado a tres personas, y había dejado en la fábrica de cerámica su pasaporte y otras cosas para que le diésemos por muerto… Sólo en una cosa falló el señor Mann: él creía que usted estaba al corriente de todo lo que había hecho Albert Saint-Cyr, que era su cómplice con todas sus consecuencias.

—No… El me engañó… Yo creía…

—Lo sé, ahora: estuvimos escuchando detrás de la puerta. Eso le va a favorecer mucho, señora condesa.

—¿Sí? ¿Cómo?

—Todo esto, en cuanto a usted se refiere, ha sido un intento de estafa a la revista americana Cosmopolitan, ¿no es así?

—Sí. Saint-Cyr me lo propuso. Hacía tiempo que nos conocíamos, él sabía que yo era judía, y me dijo que él también lo era y que conocía a un árabe que estaba dispuesto a vender una

valiosa información que interesaría enormemente al servicio secreto israelita, pero que pedía un millón de dólares. Como yo no tengo tanto dinero, tomó fotografías mías, escribió un reportaje y así empezó todo…

—Pero él tendría que dar luego cuentas a sus jefes de la Cosmopolitan, ¿no?

—Me dijo que… que simularía que le habían robado y retenido en un sitio, que había pedido mi autorización y que…

—¿Y usted aceptó todo eso? —preguntó incrédulamente Mancini.

—Hubiese creído cualquier cosa con tal de conseguir ese microfilme… que no existe. ¡Dios mío! ¿Qué va a pasar ahora?

—Está clarísimo que usted no ha tenido culpa alguna en los asesinatos: que todo fue obra y planeamiento de Saint-Cyr. Por ese lado, no se preocupe, ya que incluso estaba destinada a ser una víctima más de él. En cuanto a la otra…, no creo que el señor Mann la denuncie por intento de estafa…

—Entonces…, ¿puedo irme…? —No podía creer Renata.

—Pues…, tengo una oferta mejor para usted, francamente.

—¿Una oferta… mejor?

—Sí. Al menos, a mí me lo parece. Veamos, usted tendrá que venir a mi despacho para darme una explicación detallada de todo, a fin de que yo presente mi informe, luego quedará libre. ¿Le parece bien?

—Sí… ¡Oh, sí, sí…!

Mancini asintió con un gesto.

—Mis hombres se encargarán de lo sucedido aquí. —Señaló hacia la puerta y sonrió amablemente—. Después de usted, señora condesa…

ESTE ES EL FINAL

Renata de Sanmaggiore regresó a su palacete veinticuatro horas más tarde, esto es, a las diez y media de la noche siguiente. Lo primero que hizo fue dirigirse a su saloncito privado, y llamar por teléfono al Albergo Ligure. Quería darle las gracias a Patrick Reynolds Mann por no haber presentado denuncia alguna contra ella, en efecto. Y para decirle que estaba contenta, que… que le gustaría volver a verle y que…

No pudo decirle nada, por la sencilla razón de que aquella tarde, el señor Mann se había despedido del hotel, después de recoger algunas cosas del señor Saint-Cyr y pagar la cuenta que había pendiente aquel mes por la *suite*. ¿Que adonde había ido el señor Mann? Pues a Estados Unidos, seguramente.

—No estoy para nadie —dijo Renata, a su mayordomo.

—Muy bien, señora condesa.

Renata subió a sus habitaciones, se duchó con agua caliente y luego se puso una camisita de dormir que cabía en un dedal. Estaba cansada y triste. Muy triste, porque Patrick Reynolds Mann, a aquellas horas, debía estar volando rumbo a…

—¡Limones! —dijo una voz en la puerta.

Renata de Sanmaggiore se volvió, respingando.

—¡Señor Mann…! —exclamó.

—¡Hola, tú, condesa! —P. R. entró y cerró la puerta, en una mano llevaba un cubo de plata, con hielo y una botella de champaña y dos copas; en la otra mano, una cajita de celofán, de las utilizadas para colocar flores—. Me han dicho que has estado buscándome como una loca, chica.

—¿Yo? No… Yo… yo… Bueno… he… he llamado a su hotel para darle las gracias…

—Las que a ti te sobran, hija mía. ¡Cómo estás, condesa! ¿Una copita de champaña?

—Pe… pero… a estas horas y en… mi alcoba…

—Hermosa alcoba. Pero, en definitiva, todas son iguales. Uno se acuesta y si tiene la conciencia tranquila, pues duerme y en paz. ¿Tú tienes la conciencia tranquila?

—Sí. Yo no sabía…

—De acuerdo, de acuerdo. Toma —le tendió la cajita de celofán —; esto es para ti. Póntela en tu lindo pecho. ¡Nos vamos a llenar de burbujas, señora condesa, tú!

Llenó dos copas y se volvió, respingando al encontrarse a Renata casi pegada a él… y sin el salto de cama en las manos.

—¿Cómo ha podido usted, señor Mann, entrar aquí, hacer todo esto…?

—Tengo enchufe en palacio…

—Ya… ¿Y puedo saber qué… qué pretende usted?

—Despedirme de ti y beberme todo tu champaña. Pero no te preocupes, te compraré una vaca.

—¿Una vaca? —exclamó Renata—. ¿Para qué quiero una vaca?

—Es que las vacas que compro yo, no dan leche: dan champaña. La última que tuve murió de una borrachera, pobrecilla.

—Vamos, señor Mann —susurró ella—. Seriedad. Ya no hace falta que se porte de ese modo tan… ordinario, tan rufianesco. Estamos solos, no hay nadie a quien echar de casa.

—¡Ah! De acuerdo. Basta de bromas. Un brindis por su belleza, y… adiós.

—¿Ha venido a despedirse, de veras?

—Sí. ¿No se pone mi obsequio? —señaló la cajita de celofán.

Renata abrió la cajita sin dejar de mirar a los ojos de P. R. Metió los deditos, tomó la flor y la sacó… Sorprendida, bajó la mirada y se quedó mirando aquella flor, atónita.

—Pe… pero esto… ¡esto es una alcachofa!

—Pues es verdad —parpadeó P. R.—. Es una estupenda, nutritiva y lozana alcachofa… ¡Qué equivocación más tonta!

Renata de Sanmaggiore sonrió. Luego, se colocó la alcachofa en

el escote, como si fuese una delicada flor.

—Aquí está bien —susurró—, puesto que entiendo que te gustan las perlas… con alcachofas. ¿No es verdad, chico, muchacho, tú?

—Ése no es el modo de hablar de una condesa —frunció el ceño P. R.

Bebieron los dos, mirándose fijamente. P. R. dejó la copa y la señora condesa insinuó:

—Ya que estás tú aquí…, ¿por qué no te quedas? Aquí, en Italia, en Roma, en mi palacio, en mi…

—Estás ofreciendo mucho —susurró P. R., tomándola por la cintura.

—En amor, nunca se ofrece demasiado.

—¡Caray! Siendo así…

La apretó con fuerza contra su pecho y la besó. La besó. La besó. La besó. La besó. La…

Renata de Sanmaggiore consiguió deshacer el beso, por fin, y murmuró:

—Cuidado… Estás aplastando la alcachofa…

FIN



Lou Carrigan es el seudónimo de Antonio Miguel de los Ángeles Custodios Vera Ramírez.

Nacido en Barcelona en 1934, finalizó en 1953 sus estudios de Peritaje Mercantil, ingresando acto seguido en la banca. En 1958 comenzó a escribir novelas de aventuras, sacrificando el tiempo y los días libres que le dejaba su empleo. El primer western, titulado Un hombre busca a otro hombre, apareció en marzo de 1959; a final de 1959 había escrito 6 novelas del Oeste.

Tras el éxito de sus primeras ediciones, en 1962 abandonó su trabajo en el Banesto para dedicarse en cuerpo y alma a la redacción de novelas de género: aventuras, western, artes marciales, terror… pronto se convirtió en uno de los adalides de aquella generación de autores de «bolsilibros» que teñían sus raíces con barniz anglosajón, aplicado al nombre principalmente: Silver Kane (Francisco González Ledesma), Curtis Garland (Juan Gallardo Muñoz), Joseph Berna (José Luis Bernabeu López)…

Especialmente, la vertiente policíaca y de espionaje han sido las que han conferido a Lou Carrigan mayor reputación entre sus miles de fans, permitiéndole trabajar para editoriales punteras en aquellos días como Rollán, Bruguera, Petronio, Producciones Editoriales,

etcétera.

También ha producido medio millar de títulos protagonizados por un mismo personaje, la letal espía *Baby*, éxito de masas en la América hispana y sobre todo en tierras brasileñas.

En 2004 el propio autor cifraba en más de 1100 los libros realizados, algunos reeditados hasta cinco veces, y con numerosas ediciones pirata.

Ha utilizado otros seudónimos como Angelo Antonioni, Crowley Farber, Mortimer Cody, Lou Flanagan, Anthony Hamilton, Sol Harrison, Anthony Michaels, Anthony W. Rawer, Ángela Windsor y Giselle…

Notas

[1] Obsérvese el parecido entre Patrick Reynolds Mann y Public Relations Man (que significa Hombre de Relaciones Públicas) si para las dos primeras palabras de cada uno utilizamos sólo las iniciales: P.
R. Mann
y P. R. Man. Así pues, en este juego de palabras, cuando al protagonista se le llama simplemente P. R. lo mismo puede significar Patrick Reynolds que Public Relations. (N. del E.) < <